

# La Esfera

21 Julio 1917

Año IV.—Núm. 186

ILUSTRACION MUNDIAL



ENTRE NARANJOS, cuadro de Rigoberto Sofer, que figuró en la reciente Exposición Nacional

DE LA VIDA QUE PASA  
LO QUE FALTA A LA CORTE



El "Teatro de la Naturaleza", erigido recientemente en un parque de Washington, durante la representación de una tragedia griega

La pobreza de la iniciativa industrial madrileña es manifiesta. Aquí sólo existe un bello espíritu de catirinos. Se imita lo que alguien crea, imitando, á su vez, siempre bajo la presión de la mezquindad económica. Pero nadie lanza la idea nueva, original, detonante, engendradora de otras disimilares en la forma, aunque convergentes á un fin único: ganar dinero á cambio de un placer ó una utilidad.

Recuérdese lo ocurrido con los *bars*, misérrima parodia de la cervecería americana ó anglo-sajona. Se estableció un *bar*, pues surgieron doscientos, todos cortados por el mismo patrón; ninguno sorprendente por lo vasto de su recinto, la suntuosidad del decorado ó la variedad de su surtido, más propio de *tasca* ó de colmadillo que de sala de degustación de manjares ó bebidas poco banales. Pedid una botella de cerveza de buena marca, alemana ó inglesa, ó un pedazo de caviar ruso ó un trozo de buena chacina de Westfalia, y causaréis el asombro de los encargados del servicio. En nuestros *bars* no se conoce sino dos ó tres clases de cerveza, de fabricación madrileña ó andaluza, ni apenas más condumio apetecible que los correosos bocadillos, de sospechoso relleno porcino. Y así seguirán las cervecerías madrileñas hasta la extinción de la exótica costumbre del *bar*, prolongación de la españolísima del café.

Otro tanto pudiera decirse de los teatros veraniegos y del género de espectáculo en ellos cultivado. Madrid cuenta con varios parques de recreos (?), y si se excluye

de la censura el del Retiro, donde la belleza del lugar exculpa lo menguado del espectáculo, ninguno de ellos es digno de la corte de España ni presenta atractivos que, además de interesar al público, le eduquen. O el sonzo, inaguantable, género de variedades, eternamente invariables, ó la zarzuela chica, presentada en escenarios sin ninguna de las condiciones exigidas por esa forma de arte dramático y con cuadros de personal de una mediocridad lamentable.

En cambio, Madrid carece de lo que ya tiene Barcelona hace mucho tiempo, constituyendo dos magníficas notas de cultura y de evidente anhelo de progreso. Es una, el soberbio *Turó-Park*, espléndido concurso de recreos de todo género y, al mismo tiempo, encantador vergel

en donde la música popular y la danza tienen adecuado templo. La otra es el *Teatro de la Naturaleza*, creado por un grupo de artistas en las proximidades de la urbe, entre la montaña y el mar, los dos grandes dispensadores de salud y de fuerza.

Y, sin embargo, Madrid está hoy admirablemente acondicionado para poseer un parque análogo al *Turó* barcelonés y un *Teatro de la Naturaleza* destinado á la presentación al aire libre, y en pleno bosque, de grandes espectáculos mímicos y coreográficos ó á la audición de masas corales é instrumentales, celebración de torneos poéticos, juegos florales, fiestas gimnásticas, etc.

Piénsese cuán bello escenario ofrecerían á una institución de ese elevado rango artístico, los hermosos bosques de la Moncloa, de la Florida, del Parque del Retiro ó del Parque del Oeste. Y luego de pensado por nuestros industriales explotadores de los actuales paupérrimos recreos de verano madrileños, deberían decidirse, ya que no haya de esperarse de ellos el hallazgo de un espectáculo inusitado, ameno y francamente cultural, á imitar esas dos adaptaciones de beneficiosas ideas extranjeras realizadas por el genio comercial catalán en la progresiva Barcelona.

Y si los industriales madrileños no recogiesen esta indicación, ahí tiene el «Fomento del Turismo» un asunto á estudiar y á poner en práctica para el próximo verano.



Alumnos de la célebre bailarina Isadora Duncan, durante una fiesta coreográfica celebrada en el recién inaugurado "Teatro de la Naturaleza", de Washington

UN PASEANTE EN CORTE



## El desquite de Pedro Crespo



NUNCA el «estado llano» había conocido una apoteosis como la que hoy le rinden en todos los países del mundo. Endiosada la clase militar, representativa durante tantos siglos de la casta elegida, por ser la que escribía con las armas la historia de los pueblos, y adueñada la abogacía de los más altos cargos, por mostrarse más hábil en el vano torneo de palabras, que decide de su vida interior; olvidados los investigadores de la ciencia pura en sus laboratorios y los médicos mismos en sus clínicas, sin obtener siquiera la atención que lograban con la mágica luz de la Belleza los artistas legítimos y con los oropeles del reclamo la turba de arrivistas y de aventureros, las clases productoras, las que calladamente tejían cada día sus esfuerzos para dar vida real á esas decoraciones de la sociedad vieja, fueron por mucho tiempo signo de servidumbre y de inferioridad.

La Agricultura y la Minería, que ofrecen los primeros elementos; la Industria, que los transforma en recursos de vida y de trabajo, y el Comercio, que lleva su intercambio á todos los países, realizando el equilibrio entre la producción y el consumo mundial, iban fortaleciéndose, no obstante, en la paz de los campos y en el apartamiento de las fábricas sin disputar la gloria á los guerreros, el poder á los nobles, ni los fáciles triunfos ciudadanos á los profesionales de la exhibición, en sus múltiples formas. Nadie vió una potencia, la potencia que había de avasallar al mundo, por ser la única activa, en el estado llano, tan paciente y estoico, aun cuando siglos antes había ya enunciado una amenaza por boca de su apóstol Pedro Crespo:

*.. Que no habría un capitán  
si no hubiera un labrador.*

Como no existiría un poderoso que dictara leyes si no hubiera un villano que elevara su casa, como tampoco habría preseas si no hubiera marinos que trajesen el oro de allende los mares.

Y he ahí que esta clase, el mismo estado llano que Calderón legara en su poema, erguido sobre el surco castellano, frente al poder guerrero, á la tradición y á la misma realeza, se ha convertido en dueño, en árbitro absoluto de la vida social, desposando, primero, sus herederos ricos con las más nobles ramas exhaustas de fortuna, empeñando, en su lucha de intereses, el honor de las armas, y conquistando, en fin, el ansia de los pueblos, que ahora vuelven sus ojos á los campos, á los talleres y al tráfico mercante, esperando todo del pobre estado llano, que, colectivamente, no conoce la fe ni cree en la gloria, que solamente sabe aprender y crear, recibir materia y producir cosas, cuya ciencia, tan baja, le ha bastado, no obstante, para hacer de su crisis la crisis del mundo.

Esta era la sorpresa que nos guardaba la gran conflagración, hablada tanto tiempo y, sin embargo, tan lejos de preverse en todos sus problemas. Quizá fuera por esto por lo que en esas cábalas guerreras de que aparece llena la literatura de los últimos lustros, se medía la fuerza militar en cañones, en pólvora y en balas, sin que se requiriese la voz de los labriegos y de los industriales, á los que apenas si se concedía el valor de sus brazos en una fila de hombres combatientes, sin saber que era en ellos donde estaba el secreto del triunfo.

Hasta que un día, al fin, empeñada la guerra y obsesionado el mundo con los fantasmas del porvenir incierto, hay un primer ministro, cabalmente el del pueblo que ha deificado la nobleza y el poder militar, que al presentarse ante su Parlamento, antes de hablar de triunfos y de batallas, busca el primer aplauso diciendo que este año las cosechas han sido inmejorables, y que la industria puede aún multiplicar su esfuerzo.

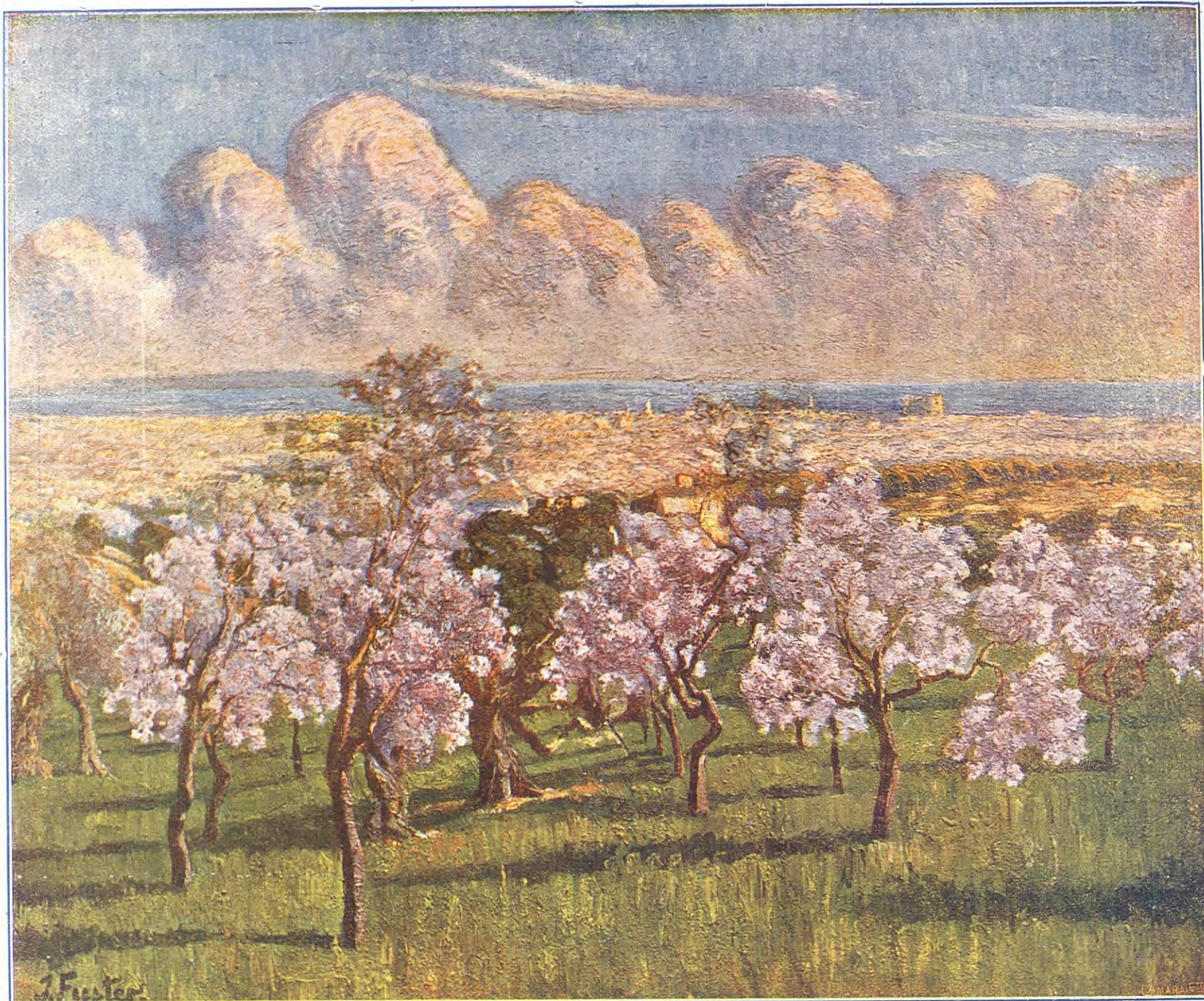


El eminente actor Enrique Borrás, en el "Pedro Crespo" de "El alcalde de Zalamea"

¡Oh, ese aplauso tardío, que ha sido el homenaje al Pedro Crespo de todos los países, al siervo que trabaja y que produce siempre para vivir él, pero, á la vez, para que vivan su vida artificial todos los servidores de esos ídolos bellos, tan bellos como falsos, que se llaman Poésía, Epopeya, Poder...; esa consagración del humilde ensalzado, que es la trama invisible de todas las ficciones, de todos los orgullos y todas las virtudes ancestrales!

Encuadrado en el marco del poema, sobre un jirón de tierra fecundada, y al fondo la columna de humo que eleva al cielo la fragua del lugar, Pedro Crespo sonríe sin orgullo, como triunfan los buenos, porque ha visto el prodigio de que un día florezcan en su vara, tal que los fueros del honor villano, la exaltación de las vidas sencillas y fecundas.

RICARDO DONOSO CORTÉS



"Los almendros de Mallorca", cuadro de Juan Fuster Bonin, que figuró en la reciente Exposición Nacional

## DEMASIADO PRONTO...

SUCEDIÓ que recorrimos en tren la costa mediterránea, de Valencia á Barcelona, en los primeros días del año. Sabido es cómo el convoy marcha al borde del agua, sin duda por respeto á los jardines que llegan hasta donde mueren las olas. Ruta amena en que los árboles y el mar se disputan la preferencia de nuestro entusiasmo. A pesar del ferrocarril, creeríase que peregrinábamos en los claros días helénicos.

Al cabo de unas pocas horas, se entristeció de repente el paisaje. Ya no había los huertos de naranjos, ni los pinares, ni los cipreses, cuya melancolía se aliviaba con un vuelo de palomas en torno á la caperuza frailuna. Ahora, en las suaves colinas bermejas, se alinean los viñedos retorcidos y secos, y surgen crestas y acantilados pizarrosos, y á intervalos una humilde vivienda, ó un rebaño amarillento y terroso bajo el sol desmayado, exangüe...

En esto los campos endurecidos por el frío, adustos en su desnudez, se llenaban con unas rondas flotantes de nubecillas sonrosadas. Y como la marcha del convoy hace que todo gire alrededor del viajero, las guirnaldas aéreas parecían moverse y ordenarse como las bailarinas en los antiguos ballets de ópera. Ya adivinasteis de seguro que caminamos entre almendros en flor. Contrastaba con la hosquedad del terruño amordazado por las heladas, la frívola ligereza del cuerpo de baile supuesto por nosotros. Se recortaba con demasiada crudeza el bosquecillo floreal. No redimía de su desolación á la comarca, y, antes al contrario, la profanaba como con un sarcasmo.

Los almendros compensan al invierno de su

traición primaveral, de su travesura de florecer prematuramente, envolviendo después la diminuta hoja de marfil en aquel cascarón de madera, dándonos así el leño que nos escamoteara en la época de las arboledas esqueléticas.

De ahí se desprende otro símbolo que añadir á la ya larga serie de los que hay en las ramas que llamaríamos mariposeantes.

La juventud, en los dos sexos, que por privilegio de belleza, dinero ó genio, en la edad de privaciones y lucha para la mayoría de los mortales, resplandece con el triunfo que no se ganó ó que se ha adelantado, suele hallar en la madurez la fatiga y el hastío. Y menos mal si tenemos en el epílogo un puñado de reliquias en sus estuches, las almitas blancas en su cápsula.

A veces tropezamos en la vida con alguien que ríe siempre y arrastra con sus carcajadas un cortejo de apasionados y devotos suyos. En seguida se nos ocurre pensar en la melancolía de su senectud, cuando, agotadas las fuentes del regocijo, abandona al falso ídolo el coro de sus alucinados partidarios.

¿Sabéis de un drama mayor que el de haber sido constantemente amado por las mujeres? Llega un día en que vosotros no sentís la vejez; pero nadie deja de descubrirla en vuestro rostro. En adelante, si queréis que persista el halago femenino en torno á la propia vanidad, necesitaréis cotizarlo y comprarlo, y para colmo de desdicha, alrededor del caído desfilan los que ayer parecían desheredados, y que, en virtud de una labor heroica de sumisión y mansedumbre sentimental, lograron afianzarse en el cariño de una sola mujer, que ya no se

apartará nunca del lado de su antiguo siervo, convertido en amo...

Y, como en las que el poeta calificaba de glorias ciertas del amor, acontece también en cuantas bienandanzas se posan caprichosamente en los hombros de los elegidos. Por ejemplo: el doncel dueño de inmensas riquezas que le legaron sus progenitores, al cual le está negado el voluptuoso tormento de la curiosidad. Y los artistas precoces que mueren en vida. Y el héroe popular que de repente se eclipsa, como los lidiadores de reses bravas. Ante el espectáculo casi ofensivo de los afortunados sin causa que justifique su señorío despótico y temerario de la tierra, no hayáis celos rabiosos, ni la envidia sañuda, sino un compasivo sentimiento, ya que, sin ser responsables de sus felicidades, sufrirán arbitrariamente la penitencia de una gran soledad.

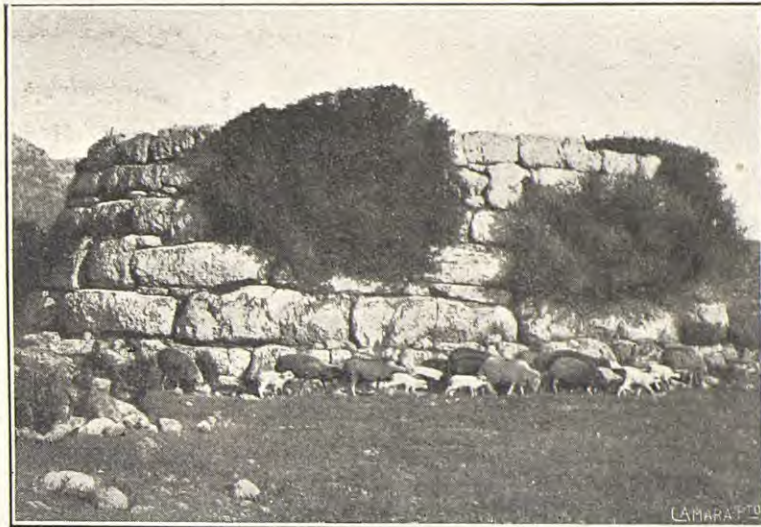
No se pueden burlar las leyes naturales. La mariposa-flor termina transformándose en madera. ¿Por qué mostrar una alegría y una sensualidad insultantes en la aridez y en la pureza del mundo aterido y que paralizó su creación de esplendores?

No se pueden burlar las leyes naturales. Esperamos que un sabio descubrirá de pronto la razón de la sinrazón de que los almendros se adornen con sus tenues guirnaldas, mientras permanecen negros y secos hasta los rosales y las clavellinas. Sin duda el fenómeno se debe á alguna desgraciada aventura, como la que hizo brotar del cuerpo de una ninfa perseguida el primer laurel...

POR TIERRAS MALLORQUINAS  
CAMINO DE ARTÁ



Detalle de la línea férrea de Palma á Soller



Paisajes de Artá.—Talayot de la Canova

FOTS. A. GIL

PARA los entusiastas admiradores de las magnificencias de la Naturaleza en sus variados aspectos, siempre constituye un fuerte estímulo de sus predilecciones la perspectiva de una tan plácida é ilusionante correría como es la de Mallorca. Ver realizado el ardiente deseo de pasear la mirada por aquellos soberbios panoramas que trasladaran á sus lienzos Rusiñol y Anglada y que describieran con sus plumas magistrales Jovellanos, Quadrado y Rubén Darío; recorrer los lugares en que vivió el eximio Raimundo Lull; respirar el ambiente poético en que Chopin hallaba inspiración para crear sublimes composiciones musicales, al par que su amada, George Sand, arrancaba del paisaje páginas literarias de suprema idealidad, emociones son éstas indudablemente dichas é inefables.

Pero si tales emociones sirven, al emprenderse el viaje por vez primera, de acicate poderoso de los sentimientos pantefistas, cuando es la segunda excursión que se hace, actúan en la imaginación con mayor fuerza si cabe, porque suman sus efectos sensitivos al imborrable recuerdo de las campiñas espléndidas, de las bellas montañas, de las asombrosas construcciones ciclopeas y demás maravillas atesoradas por la hermosa isla mallorquina.

Por eso, al enfilarse el barco que nos conduce á

la entrada de la bahía de Palma, nuestra retina, después de abarcar unos momentos el admirable conjunto, busca con avidez y se detiene con verdadera delectación en aquellas partes del cuadro que más le avaloran y caracterizan: de un lado, la Almudayna, la colosal edificación musulmana, signo evidente de una civilización que tan brillantes vestigios ha dejado en las ciudades españolas; del otro lado, el histórico castillo de Bellver, cuyas gallardas y almenadas torres destacan vigorosamente del bosque encantador que las rodea, nos trae á la memoria la recia estirpe de los Jaimes, de aquellos monarcas que cifraban todos sus ideales en agrandar los dominios de la Patria y en añadir nuevos lauros á su corona y nuevos blasones á su escudo.

ooo

No es, sin embargo, Palma, con sus espaciosos muelles, con sus amplios y bien cuidados paseos, con sus típicos edificios y sus pintorescos alrededores lo que aviva principalmente nuestra curiosidad en esta visita. El proyecto largo tiempo acariciado de contemplar las célebres cuevas de Artá, háse convertido en acuciante obsesión, ahora que tenemos la seguridad de realizarlo. Las bellezas indescriptibles de las florestas de Valldemosa y Miramar, y del florido valle de Soller, al recordárlas nuestra mente no han logrado anteponerse al interés que experimentamos por ver las gigantescas grutas.

Para llevar á cabo nuestro propósito se hace preciso atravesar la isla de Oeste á Este. Instalados en un coche del ferrocarril de Manacor, tras los consiguientes sonidos de timbres y campanas de la estación y los inevitables rugidos de la locomotora, cual enorme reptil que estira-se sus vértebras y músculos, arranca el tren lentamente, adquiriendo poco á poco la velocidad normal, que dista mucho de ser la de los expresos peninsulares. La vista se recrea con el incesante y variado desfile de paisajes, caseríos, jardines y arboledas, sobresaliendo de tantos atractivos como se ofrecen á través de las ventanillas del vagón, los olivos milenarios y multiiformes, cuyos extraños retorcimientos y rarísimas contorsiones no podría imitar la danzarina más hábil y descoyuntada.

Desde Manacor recorremos á caballo los veinte kilómetros que restan hasta Artá, de los setenta que hay á partir de Palma. ¡Pocas sensaciones existen en la vida tan agradables como esos recorridos ecuestres por comarcas que poseen la plétora de bellezas naturales y de alegres horizontes que se admiran en los campos de Mallorca! La mirada recoge con ansiedad, con verdadera codicia, los diversos tonos y visualidades que presentan las colinas y llanuras cubiertas de verdor y esmaltadas de albas casitas. Parece como si el cerebro, valiéndose de los ojos, quisiera hacer acopio de aquellas geórgicas impresiones para extasiarse en su recordación en los ratos de hastío á que forzosamente estará condenado en la ciudad.

Entre las innúmeras notas de forma y colorido que nos encantan en aquellos parajes y nos transportan y conducen á quiméricas remembranzas, hállanse los colosales molinos de viento que, formando ejércitos cuantiosos, agitan sus inmensos brazos sin cesar, y nuestra fantasía forja la figura del inmortal visionario arremetiéndose denodadamente contra ellos.

ooo

A nuestra llegada á Artá, ya que nos vemos obligados á diferir hasta el día siguiente la excursión á las cuevas, por lo distantes que están, aceptamos la invitación que nos hacen el Alcalde y distinguidos vecinos de la pulcra y populosa villa para curiosear por las cercanías. Llamamos poderosamente nuestra atención los *talayots*, construcciones de piedra atribuidas á los elementos autóctonos de la isla, las cuales no están de acuerdo los eruditos sobre si eran viviendas ó sepulcros. El *talayot* de la Canova distingue notablemente por el buen estado de conservación en que se encuentra.

Al regresar á Artá nuevamente, una vieja que está hilando á la puerta de su casa, y que nos dirige unas palabras en su galimatías mallorquina, termina de saturar nuestro espíritu de cosas arcaicas.

FRANCISCO ANAYA RUIZ



Molinos de viento, en Artá



Vieja hilandera, de Artá

PÁGINAS POÉTICAS  G L O S A



*Capullico, capu:l co,  
ya te vas volviendo rosa,  
ya se va acercando el tiempo  
de decirte alguna cosa.*

(Gopla popular.)

Ya la tierna aldeanica  
va siendo gallarda y mórbida,  
ya sus pechos incipientes  
son redondos, y redondas  
robustas y cimbreantes  
sus caderas armoniosas.  
Ya hay misterio en sus miradas.  
Ya sueña. Ya tiene hondas  
aspiraciones secretas.  
Y tiembla cuando en las horas  
calladas de la alta noche  
oye cantar á la ronda:  
«Capullico, capullico,  
ya te vas volviendo rosa,  
ya se va acercando el tiempo  
de decirte alguna cosa.»

ooo

Ya siente afán de cortejos  
cuando sale á misa sola  
y ve á los mozos alegres  
acompañando á las mozas.  
Ya cuando alguno la mira,  
sin saber por qué, se azora,  
y la emoción á sus negros  
y ardientes ojos se asoma.  
Ya se explica en sus pensamientos  
por qué van tras las palomas  
los palomos, y el sentido  
de los versos de esta copla:  
«Capullico, capullico,  
ya te vas volviendo rosa,  
ya se va acercando el tiempo  
de decirte alguna cosa.»

oo

Ya su madre la vigila,  
celándola á todas horas  
y no la deja que vaya  
de mañana á misa sola.  
Porque esta viejica sabe  
muy bien, de cuando era moza,  
que el querer es ciego y dulce  
y la mocedad muy loca...  
Y sabe de algún cortejo  
que á la zagalica ronda  
y ve temblar á su hija,  
siempre que escucha la copla:  
«Capullico, capullico,  
ya te vas volviendo rosa,  
ya se va acercando el tiempo  
de decirte alguna cosa.»

ALBERTO VALERO MARTÍN

DIBUJO DE MARÍN

Marín



## ADELINA, LA BLONDA

Adelina, la blonda,  
tiene unos ojos claros;  
unos ojos de onda.  
Ojos de puro cielo  
de un fulgor azulino.  
¡Oh, encanto de lo humano  
que evoca lo divino!

ooo

Adelina, la blonda,  
tiene una boca fresca,  
como la que á Paolo  
brindábale Francesca.  
Boca todo frescura,  
que, sin embargo, quema.  
¡Oh, encanto de unos labios  
que evocan un poema!

ooo

Adelina, la blonda,  
tiene manos de nardo;  
¡como aquellas divinas

que pintara Leonardo!  
¿Vieron de Monna Lisa  
las manos ideales?  
Sólo las tiene iguales  
Adelina, la blonda.  
¡Oh, encanto de unas manos  
que evocan la *Gioconda!*

ooo

Adelina, la blonda,  
tiene un aire gentil.  
Y es su cuello lo mismo  
que torre de marfil.  
Y sus senos gentiles  
dos cúpulas semejan  
de nevados marfiles.  
Y sus piernas airosas  
parecen dos columnas  
de mármol... ¡Milagrosas  
columnas florecientes,  
finas y transparentes,

del color de la miel!  
Y sedeña es su piel  
cálida de semita,  
¡que Salomón creyera  
la de la Sulamita!  
¿Y sus otros encantos...?  
¡Oh, encantos singulares  
que evocan el sublime  
*Cantar de los cantares...!*

ooo

Adelina, la blonda,  
corona su belleza  
con la dorada fronda  
de unos rizos cabellos,  
cuyos áureos destellos,  
nimbando su cabeza,  
la invisten de un augusto  
prestigio de realeza.  
Cabellera esplendente,  
como la que ofrendara

la amante Berenice,  
de Venus ante el ara,  
con fervoroso ardor...  
¡Oh, encanto seductor  
de unas crenchas de oro  
que evocan tanto amor!

ooo

¡Oh, Adelina, la blonda!  
La de los ojos claros  
con fulgores de onda.  
Tú, que sabes mi anhelo  
de gozar en la tierra  
las delicias del cielo,  
comprenderás que sólo  
adorarte es mi sino.  
Pues amando lo humano...  
¡gozo de lo divino!...

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA

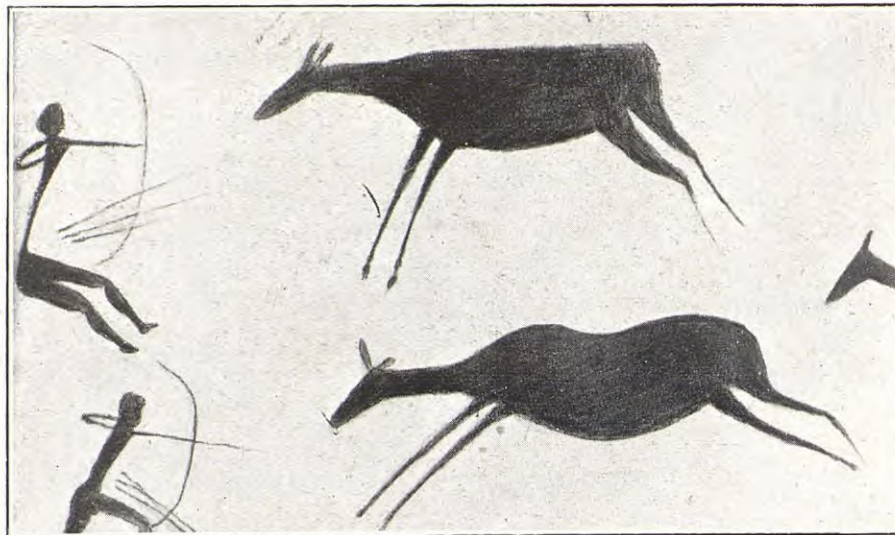
DIBUJO DE ÓCHOA

DESCUBRIMIENTO ARQUEOLÓGICO IMPORTANTÍSIMO  
**EL ABRIGO PREHISTÓRICO DE TÍRIG.—UNA POBLACIÓN IBERA**

HACE poco tiempo, se ha descubierto en un pueblecito de la provincia de Castellón, llamado Tírig, una verdadera estación prehistórica, de tal importancia, que seguramente su nombre adquirirá pronto fama universal, y los sabios de todos los países habrán de estudiarla y á ella referirse en sus investigaciones históricas. El descubrimiento es sin disputa sensacional, y trae ya atareadísimos y preocupados á todos nuestros arqueólogos, historiadores y geólogos. La Academia de la Historia, el Centro de Estudios Históricos y otras corporaciones científicas de Madrid y de Barcelona, han enviado delegados que estudien sobre el terreno los hallazgos y den nueva luz acerca de tan interesante cuestión. Se trata del descubrimiento de numerosas

pinturas rupestres, que adornan las paredes de las cuevas encontradas, y además de objetos de cerámica, utensilios, fósiles, túmulos, etc., etc., figurando entre ellos un cráneo humano. Siguen realizándose trabajos de excavación y encontrándose nuevas muestras prehistóricas, por lo que empieza á sospecharse que estamos en presencia de una población ibérica de aquellas asentadas en la costa mediterránea y de las que hasta hace muy poco tiempo no había siquiera vestigios. Puede calcularse, pues, la enorme trascendencia del descubrimiento. Pero vayamos por partes antes de explicar el hallazgo.

Y digamos á los lectores que lo ignoren, que se llama *arte rupestre* y *pinturas rupestres* á las manifestaciones artísticas de las remotas edades prehistóricas que se encuentran en cavernas y sepulcros, principalmente dibujos y grabados. Hoy ya es corriente en los libros de arte y de geología hablar de pinturas rupestres; pero al principio de lanzarse esta palabra, fué rechazada y combatida la teoría que la sustentaba, debiéndose su origen á un español, un santande-



Dibujo rupestre, representando una escena de caza, en la caverna de Tírig

rino, casi ignorado de sus compatriotas, pero estimado en el Extranjero, D. Marcelino de Sautuola, natural de Santillana del Mar, quien pasó los mejores años de su vida dedicado por entero á explorar las cuevas de Camargo y Altamira, y á difundir en publicaciones y diversas revistas el fruto de sus investigaciones. Al principio no se dió crédito á la autenticidad de tales dibujos; pero años más tarde, descubiertos otros grabados y pinturas en distintas comarcas extranjeras por Rivière y otros geólogos, no dejaron lugar á dudas, y el famoso Cartailhac publicó en 1902 su obra *Mea culpa d'un sceptique*, en la que confiesa su error al contradecir á nuestro compatriota, y se declara desde aquel punto entusiasta defensor de sus opiniones.

España ha sido hasta ahora el país en el que más pinturas rupestres se han descubierto, sobre todo en la región cantábrica; en Inglaterra sólo se conoce una caverna y otra en Italia, cerca de Romanelli.

Los historiadores y arqueólogos no se hallan de acuerdo acerca de la significación de estas pinturas. Unos opinan que esas cavernas eran templos de las tribus de cazadores, y, por lo tanto, las figuras de animales serían como imágenes ofrecidas á las divinidades que anidaban en las oquedades pavorosas de las cavernas. Otros las consideran como señales del totemismo ó religión de la magia que profesasen los hombres primitivos, y, por lo tanto, conjuros contra las bestias feroces.

Y hechas estas notas preliminares, hablaremos del descubrimiento de Tírig.

Tírig es un pintoresco pueblo situado en la bravia comarca del Maestrazgo, que hizo célebre el cabecilla Cabrera en la guerra civil. Todo el terreno es abrupto, de profundos acantilados y enormes torrenteras. Dos personas cultísimas, enamoradas de todo lo que signifique arte y ciencia, D. Francisco Polo y D. Antimo Boscá, catedrático éste del Instituto de Castellón, hacían frecuentes excursiones por aquellos alrededores, no sólo para admirar el hermoso paisaje, sino también en busca de emociones artísticas, pues en toda la comarca abundan los vestigios romanos, monumentos medioevales, magníficos retablos, un verdadero tesoro de arte ignorado y por explotar. En una de estas excursiones se aventuraron á penetrar por entre los ingentes noguedales del barranco de Vallarta, y puede figurarse el lector la sorpresa de los audaces exploradores, cuando después de peligrosísimas ascensiones, escalaron un acantilado de enorme altura (unos ochenta metros), á cuyo borde está la entrada de la cueva, y se encontraron frente á los extraños dibujos. Percatados de la importancia que tenía, hicieron sucesivas visitas, acompañados del doctor alemán Obenmaier, erudito en la materia, que llegó de Madrid expresamente para estudiar dichos dibujos. Se han realizado trabajos de excavación y de exploración por aquellos contornos con feliz resultado, pues siguen descubriéndose no sólo pinturas en

las paredes de las cuevas, sino además varios monumentos megalíticos, fósiles de huesos de animales y un cráneo humano. Pasa de setenta el número de dibujos que adornan las paredes, representando casi todos escenas de caza ó de guerra, abundando las figuras de bisontes, ciervos y renos; por lo que las gentes de la comarca han bautizado á esa caverna con el nombre de Cueva de los Caballos. Otros dibujos, como puede verse por las adjuntas fotografías, representan á guerreros armados de arcos y flechas que disparan contra imaginarios enemigos ó que tratan de detener la carrera loca de un ciervo, ó la embestida de un bisonte. Es digno de notarse la finura de perfiles en los dibujos de animales, y en cambio la rudimentaria y tosca forma que afectan las

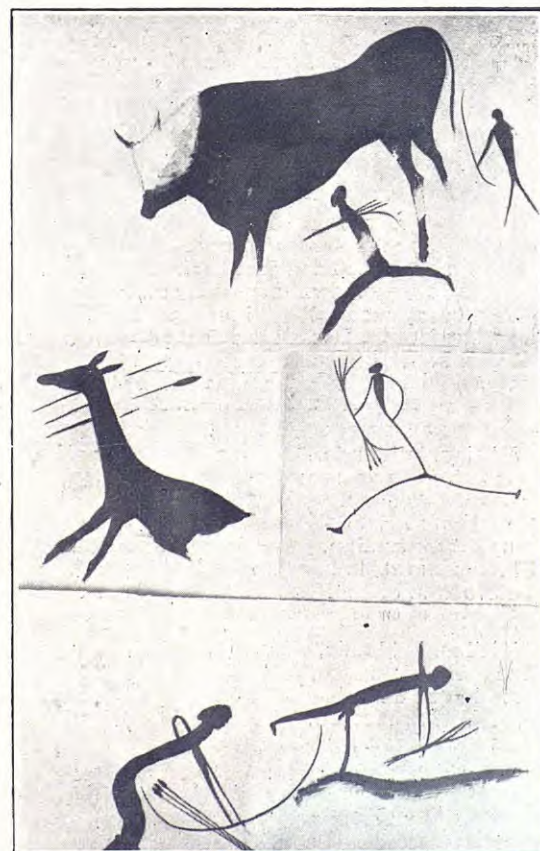
reproducciones humanas. Precisamente uno de los méritos de la Cueva de los Caballos es la abundancia de figuras humanas, cosa que no se había encontrado en ninguna otra caverna. Según los eruditos, este arte rupestre fué exclusivo de la Europa occidental, del mediodía de Francia y del levante y norte de España; es decir, de las regiones pobladas por los antiguos iberos en el periodo de transición ó mesolítico, según los geólogos; tiempos milenarios que algunos hacen ascender á noventa y hasta ciento veinte siglos. Mi excelente amigo el culto catedrático de Historia Natural del Instituto de Castellón Sr. Boscá, principal descubridor de este abrigo prehistórico, como queda dicho, asegura que el terreno en que está enclavada la caverna es de la edad mesozoica, abundante todo él en creta y caliza.

Tal es, á grandes rasgos, el importante descubrimiento arqueológico de Tírig. Por él podremos avanzar en los conocimientos de aquella época paleolítica, del hombre cuaternario y, sobre todo, de la vida de los iberos.

JULIO MILEGO



Figuras humanas y un ciervo, dibujados en la caverna de Tírig



Figuras de cazadores y de animales en la Cueva de los Caballos de Tírig



Bellezas aristocráticas valencianas



SRTAS. ELVIRA Y MARÍA TRÉNOR  
Hijas de los condes de Trénor Fot. Derrey



SRTA. AMPARO MAZARREDO  
Hija de los marqueses de Lara Fot. Derrey



LOLITA Y MATILDE MERCADER  
Hijas de los marqueses de Malferit Fot. Kaulak



SRTA. ISIDRA DUPUY DE LOME  
Hija del actual Gobernador de Oviedo



SRTA. CONCHA VALLIER TRÉNOR  
Hija de los marqueses de González de Quirós  
Fot. Novella



SRTA. MARÍA DEL CARMEN DE MAZARREDO  
Hija de los marqueses de Fregenal



SRTA. MARGARITA DE AZCÁRRAGA  
Nieta del general D. Marcelo de Azcárraga



SRTA. MARÍA DEL PILAR DE MAZARREDO  
Hija de los marqueses de Fregenal Fot. Franzen

El mayor encanto de Valencia, son sus mujeres. La morenez de su rostro, el profundo abismo de sus ojos y la gracia de su cuerpo, son como un blasón de belleza. Espéndidas y ardientes, evocan el recuerdo de aque.las mujeres que cantaron en sus Kasidas los poetas árabes. Pudieran llamarse Zaida, Sobeya, Lindaraja... Y como ellas, las del nombre gentil, símbolo de las flores y de los astros, parecen formadas para pasearse por un patio de mirtos y arrayanes, ó asomarse á un ventanal rematado por un arco de ojiva. En las grandes fiestas valencianas constituyen un espléndido cortejo.

## Cuentos Españoles



## EL INGENUO DON LAURO

Yo siempre creí que al venir al mundo el bueno de Don Lauro, se había equivocado de planeta. El pequeñito Don Lauro, tan tieso siempre, tan pulcro, y siempre también con una sonrisa en la boca—á quien hube de conocer ya sesentón—, no debió venir, no, á habitar la tierra. Debíó irse á nacer y á vivir á otra parte, donde la vida sea más pura y mejor. El espíritu de Don Lauro—y he conocido algunos así—era incompatible con la vida que por acá se estila. Don Lauro no aprendió nunca á vivir, en el sentido mundano de la palabra. Cuantos más años tenía, más ignorante é inocente de la existencia se mostraba. No había modo de hacer carrera de él. El bueno de Don Lauro parecía caminar á tientas por el mundo, como un ciego sin lazarrillo. A cada cuatro pasos, daba un tropezón.

Don Lauro había venido á este planeta creyendo en la bondad de todas las cosas. Para él nada había malo. Todo lo disculpaba con indulgencia y tolerancia excesivas. El mal era siempre, en su opinión, «desgracia imprevista», no voluntad manifiesta de los hombres. Para Don Lauro no había, pues, delincuentes ni responsables. Todo se reducía á «desgracia inevitable».

Unas gafas de color de rosa privaban á Don Lauro de ver las personas, y aun los objetos, en su verdadero color. Estas gafas—y no usó otras en su vida—eran su optimismo, su buena fe, su confianza por cuanto le rodeaba. De nada sirvió nunca el decirle: —«Pero Don Lauro, que esto no es de color de rosa, que esto es negro, pero de un negro indiscutible; que lo que es de color de rosa es el cristal de sus gafas de usted...» Don Lauro sonreía... y no había manera de sacarle de su error, un error de color de rosa que no suele abundar en el mundo.

Por todas estas razones, Don Lauro pasaba plaza de tonto á los ojos del vulgo. Para éste siempre es torpeza el no querer dar crédito á la maldad. Toda la sabiduría del vulgo, toda su

ciencia, consiste en la desconfianza; por eso los desconfiados suelen tener fama de hombres de experiencia.

Entre los discretos, en cambio, Don Lauro gozaba fama de hombre recto, puro de intención, de exquisita delicadeza y extraordinaria bondad, una bondad algo infantil, algo niña y, por ende, un poco reñida con sus años. A esto había que añadir la suprema sensibilidad moral de Don Lauro, al que el menor roce lastimaba; incapaz de hacer á nadie el más leve daño, dolíale hasta lo más hondo cualquier acción que pudiese llevar sombra de ofensa.

La vida de Don Lauro fué, hasta momentos antes de su muerte, una no interrumpida serie de victorias. No es, pues, extraño que con tan buen camino se robusteciese cada vez más aquel su nativo optimismo. Todo le salía á pedir de boca. Deslizábase su existencia mansa y santamente, atenta á Dios y al prójimo, satisfecha de sí misma, de nada envidiosa y con la mirada puesta en horizontes puros.

De humilde cuna, y huérfano desde muy joven, había sabido ganar su pan y abrirse paso en el mundo en la edad que es indispensable la ayuda paterna. Llamábase poderosamente la atención la cirugía, y al estudio de ella hubo de dedicar sus muchos afanes, llegando en pocos años á ser uno de los operadores más hábiles y afamados de Madrid. Ello le permitió reunir una fortuna cuantiosa, sin perjuicio de poner generosamente la sabiduría de sus manos al servicio de los enfermos pobres. Don Lauro era, pues, acaso el mejor ó uno de los mejores cirujanos de su tiempo; y—¡curioso contraste!—el que leía de corrido en el cuerpo humano, conociendo hasta sus menores resortes, no acertaba «á ver gota» á través de la piel, en los espíritus, en las almas... Allí se estrellaba su afán investigador, su mirada inquisitiva; allí no veía nada, ó lo veía todo de color de rosa. Verdad es que el meca-

nismo de los espíritus es bastante más complicado que el de los cuerpos.

Don Lauro casó ya maduro. El estudio constante y apasionado de las clínicas no hubo de dejarle mucho espacio para pensar en sí mismo. Conocía á la mujer por sus miserias fisiológicas, mostrándose sobre la mesa de disección, y alguna vez, en las treguas de la labor, hubo de pensar, malancólicamente, en las dulzuras femeninas más allá de la carne. Frisaba en los cuarenta cuando casó. Había conocido á su mujer diez años antes. Era entonces su Margarita una chicuela de quince que acababa de perder á su padre. La madre era lavandera y estaba muy enferma, lo que le impedía trabajar como quisiera. Don Lauro se aficionó desde el primer momento al trato de la muchacha, que era muy linda y desenvuelta, tomándola bajo su amparo. Procuró á la madre trabajos menos penosos, y con frecuencia le facilitaba recursos para ayudar al sostenimiento de la casa. En cuanto á la muchacha, que estaba ignorante de todo, le procuró instrucción, que ella supo aprovechar. De día en día agrandábase el afecto de Don Lauro hacia aquellos dos seres. Diariamente visitaba á sus protegidas, interesándose sobre todo por los estudios de la mozueta, á la que empezaba á considerar obra suya.

Al cabo, Don Lauro decidió que madre é hija se instalasen en su casa para el gobierno de ella, creándoles un nuevo hogar. La lavandera adquirió cierto empaque de ama de gobierno, y la hija, al mismo tiempo que cultivaba su inteligencia, iba también puliendo sus ademanos. Don Lauro era feliz contemplando su bienhechora obra.

La muerte de la antigua lavandera vino, al cabo de diez años, á decidir la suerte de Don Lauro. No podía continuar Margarita al lado de su protector, y éste no hubiera transigido con la separación. Tenía en ella puestos sus únicos

amores. Se imponía, pues, una sola resolución: el casarse con la muchacha. Margarita estaba á la sazón en la plenitud de su belleza, y era una mujer inteligente, culta y elegantísima. Ni instrucción ni modas había escatimado para ella Don Lauro. Este gozaba de los honores de la fama y el bienestar de una pingüe fortuna.

Margarita aceptó gustosa las pretensiones de su protector, y se casaron. Don Lauro entonces asombróse de tanta felicidad. ¿Quién era él para merecer tan continuada serie de triunfos en la

comprendiendo lo insensato de su ambición, dejó de desear el hijo... y tan feliz como antes.

Pero un día amaneció para Don Lauro una cosa negra, trágica. El cielo de su dicha se desplomó sobre los hombros, sin que el pobre pudiera soportarlo. Don Lauro se enteró de que su mujer, su adorada Margarita, le engañaba, le venía engañando desde hacía muchos años. Margarita tenía un amante. Don Lauro hubo de sorprender una colección de cartas, y en ellas toda la historia de la traición conyugal.

ojos á la vida... Hasta entonces había estado dormido, ciego. Las pueriles gafas de color de rosa acababan de teñirse de sangre, de llanto, de color verdadero. La realidad le había dejado atónito, insensible. Es decir, ¿que existía de veras una maldad en la que nunca creyó, una maldad consciente, no producto del azar, sino de la voluntad de los hombres?

Ahogado de tristeza, despeñado de la cumbre de su optimismo y su confianza, Don Lauro abandonó su casa; tomó trenes y barcos y fué



vida? Tenía salud, prestigio, dinero, amor, una mujer bonita...; no le faltaba nada. Decididamente, era un hombre con suerte. Su optimismo rayó á inaccesibles alturas.

Y así transcurrieron diez, quince, veinte años. Durante los primeros, Don Lauro esperó en vano la llegada de un hijo. El hijo no vino. Esto no le hizo desgraciado, pero sí suspirar alguna vez con melancolía. ¡Le hubiera gustado tanto á Don Lauro tener un hijo! Pero, caramba, aquello era ya mucho pedir. ¿No tenía de todo? ¿Todavía no estaba contento que pedía más? Don Lauro,

El confiado Don Lauro, que creía en su mujer sobre todas las cosas, creyendo en todas las de este mundo, sufrió la primera decepción de su vida. ¡Margarita, su adorada Margarita, la que él supuso siempre tan buena, esposa infiel! Se- mejante verdad no le cabía en la cabeza á Don Lauro. ¿Cómo era posible que aquella mujer, que él hubo de sacar de la miseria, elevándola hasta la cumbre de su fama, de su posición y de sus brazos, le hubiera engañado? Don Lauro no quería dar crédito á tan terrible verdad. Y, sin embargo, aquella verdad le acababa de abrir los

muy lejos, á esconder, donde nadie le conociera, el único dolor de su vida.

Apenas llegado al lugar que eligiera para retiro, Don Lauro enfermó. Amigos suyos que indagaron su paradero y procuraron noticias, dicen que murió de unas calenturas. Pero yo os digo que le mató el desencanto... El mismo mal que hubo de matar á Don Quijote.

J. ORTIZ DE PINEDO

DIBUJOS DE VARELA DE SEÍAS



JOSÉ ESPRONCEDA



GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

DEL PENACHO ROMÁNTICO

## Un poema inédito de Bécquer

ESTOS días hemos leído un manuscrito inédito de Gustavo Adolfo Bécquer. A la amabilidad de un soldado ilustre, que ha sabido hermanar brillantemente las Letras y las Armas, debemos unas horas de evocación y de nobleza espiritual.

Gracias al general Viñé, deudo del inmortal poeta romántico, podemos ofrecer á los lectores estas primicias póstumas, llenas de ingenuidad, de fragancia y de melancolía.

Se trata de un poema compuesto en *silvas*, todo escrito de puño y letra de Bécquer, en un amarillento cuadernillo de doce «caras», que ostenta en su cubierta, de letra diferente á la del autor, tres renglones medio borrados, donde puede leerse: *Esta poesía basta para acreditar de poeta á su autor.*

Y en la última «cara», junto á la firma de Gustavo Adolfo Bécquer, el número 256, y debajo la palabra «Archivada», con la antefirma «El presidente» y la firma y la rúbrica de Narciso del Campillo.

La persona que, con la venia del general Viñé, nos facilitó el manuscrito, y que, por su cultura y amor á Bécquer, es autoridad en la materia, opina que este poema, titulado *Elvira*, no publicado en ninguna de las ediciones de *Obras completas*, ni volúmenes sueltos, ni en ningún periódico ni revista de los varios en que colaboró

el autor de las *Rimas*, circunstancias todas que lo diputan como inédito, pertenece á los primeros ensayos del ingenio andaluz.

Los detalles citados de archivo y calificación por D. Narciso del Campillo, con otros de la vida literaria de Bécquer, hacen, fundadamente, presumir que este poema se escribió para alguna Academia ó Ateneo presididos por el erudito catedrático, probablemente recién llegado Bécquer á Madrid y apadrinado y alentado por su paisano, entonces prestigioso en la cátedra y en el periodismo literario.

□□□

El poema es hijo de Espronceda por su espíritu fatalista, por su estilo afectado y desigual, y hasta por el nombre de la heroína—*Elvira*—que aún llora á su *Estudiante de Salamanca*...

*Murió de amor la desdichada Elvira.*

Bécquer, enamorado literariamente de *Elvira*, queriendo compartir tanto dolor y tanto romanticismo, hace lo que en pintura se llama *una réplica*.

La génesis del poema es clarísima. Basta con evocar la época y el ambiente.

Las fiebres del romanticismo enfermaron á toda una generación de mujeres tristes y de hombres aparatosamente afectados. Nos hallamos en los

calenturientos días de Espronceda, bajo la obscura noche literaria que incendiara, fugaz y deslumbrador, aquel meteoro humano que se llamó *Figaro*.

La palidez es una ejecutoria, el folletín una aristocracia, la tristeza una dignidad. Los héroes de Walter Scott llenan España de castillos, damas y pajes. Los poemas de Ossian y Byron inducen á la temeridad por amor. El amor contrariado, tras enfermar las fantasías, pone en la vida familiar sus notas sensibleras y delirantes. Los hombres son estrechos, como sus levitas; petulantes, como sus corbatines. Las mujeres, adustas en sus canapés, sueñan, bajo la cornucopia, con *Quintín Durward* y *Manfredo*.

En una época así, las gallardías donjuanescas arrebatan á los románticos, porque exaltan el amor violento, la pasión intrépida, el gesto audaz. La mujer, novelesca y fantaseadora, sueña con amores imposibles, pronta á ser heroína de su bandera y mártir de su culto. Entonces surgen, dislocados y contrahechos por la moda, Don Juan y Doña Inés, que se llaman Don Félix y Doña Elvira.

En *El estudiante de Salamanca*, que ve pasar su propio entierro—como Lisardo, el cordobés de donde procede—, el perfil de amor é infantil de Doña Elvira es atrayente, delicado, aéreo,

Esta novia romántica es una ofrenda al fatalismo, de moda entonces.

Al sentido teológico de los clásicos sucede la fatalidad de los románticos; al amor-pecado de Clara, en *La buena guarda*, el amor-imposible de Elvira en *El estudiante*; al terror místico de Lope, el pánico determinista de Espronceda.

La delirante fantasía de los románticos se incendió con llamas tan grandes, que iluminan esta figura apasionada y triste como un incendio ilumina el bosque. Nuestras abuelas han llorado á mares al decir:

*¡Murió de amor la desdichada Elvira!*

Y nuestras madres incluyeron en su ingenuo catecismo de amor la famosa carta:

*¡Voy á morir! Perdona si mi acento  
vuela importuno á molestar tu oído.  
¡El es, don Félix, el postrer lamento  
de la mujer que tanto te ha querido!*

¡Morir de amor! La silueta de doña Elvira pasa ante nuestros ojos como la de una diosa patética. La ternura pone en su voz, más que sollozos de mujer, píos de ave; no maldice á don Félix, sino que le perdona... La fábula del c'sne que cantando muere, no es más bella que esta leyenda donde la mujer muere llorando y bendiciendo á su burlador. Doña Elvira muere de amor para amar más, para seguir amando por los siglos de los siglos...

□□□

En la *Elvira*, de Bécquer, están los veinte años románticos, llenos de adoración y castidad. Es una ofrenda inmaculada en el vaso de un co-

razón de colegial ó de cadete. Espronceda había arrastrado su desesperación por los burdeles, cantando á Jarifa; Bécquer, recién llegado á Madrid, no era todavía el hombre; no era aún más que el primogénito de la Ilusión.

Pero ya estaban en su oído los ecos de la musa fúnebre, y comienza el poema con las invocaciones al «arcángel del dolor», y habla de «noches tenebrosas» y de «las llamas azuladas del sombrío Genio». Es el conjuro, la fascinación de Espronceda. Sin embargo, de vez en vez, la inocencia se ofrece en todo su esplendor, como un jirón de cielo azul entre nubes. La escuela sevillana reaparece en alguna estrofa digna de Rioja ó de Arguijo:

*Del claro sol la frente  
tras de las cumbres del cercano monte  
se ocultaba, los aires encendiendo,  
azul y refulgente  
brillaba entre la niebla el horizonte,  
entre la parda niebla que, envolviendo  
trigos y montes, valles y praderas,  
los objetos, fantástica, perdía,  
en tanto que se oía  
de las aves parleras  
los cantares dulcísimos sonando  
y en los vecinos bosques expirando...*

Elvira, como una zagala de Gil Polo ó una ninfa de Garcilaso, se mira en los cristales del río. Sorpréndela el poeta y queda preso en sus encantos. Vuelve el rimar banal, impreciso, espantosamente retórico, de Espronceda; repite Bécquer los manidos tópicos de «ilusión encantadora», «pintadas aves», «frente purpurina», «mirada seductora», etc., etc.

Los Hados, implacables, decretan que este amor de Elvira y el poeta «muera al nacer, como las rosas». Otra vez Rioja canta en Bécquer; pero en seguida el águila de Montemar reclama su presa con el «relámpago fugaz», el «cóncavo cielo» y el «bramar del aquilón».

Elvira parte á América y muere allí. El poeta recuerda la despedida, el juramento y la nave— «ráfaga argentina». En adelante, no hay sosiego á su alma ni alegría á su corazón, ni luz á sus ojos. Irá, «triste y sombrío», por las márgenes del Betis, evocando, con pasos lentos, á su Elvira, como Don Alvaro á su Leonor:

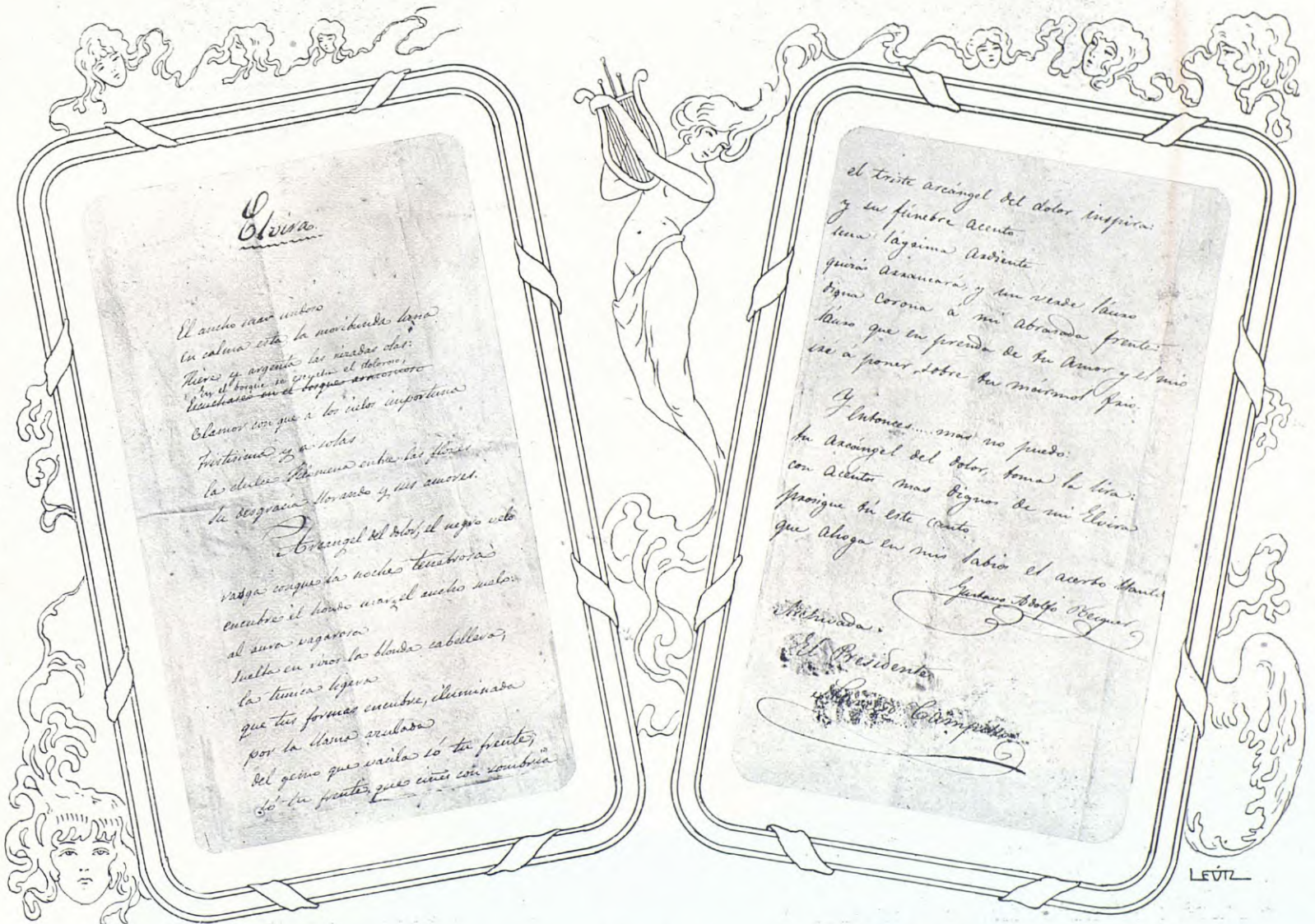
*... Tú, mi Leonor,  
gala del suelo andaluz,  
que ya eres ángel de luz  
á los pies del Redentor...*

Luego reanuda *El estudiante* su tiranía retórica, y *El diablo mundo* su lirismo contrahecho. Vienen, como corona fúnebre, «la silvestre adelfa», «el cábaro agorero», «el suspiro doliente». Por fin, cierra el poema entregando la lira al «triste arcángel del dolor»...

¿Qué hay del Bécquer inmortal, del Bécquer de las *Rimas*, en este su poema inédito? Hay la fragante ingenuidad de un corazón sencillo; la deliciosa candidez de una canción absurda, cantada por una voz infantil.

Es el Candor, tiranizado por la Ciencia; el Niño, guiado por el Hombre; el Amor, que se viste de Desencanto. Es la Aurora, indecisa y tímida, de Bécquer, asomando en la Noche, trágica y tempestuosa, de Espronceda...

CRISTÓBAL DE CASTRO



Páginas primera y última del poema "Elvira", obra inédita de Bécquer



TORPEDERO INGLÉS AUXILIANDO A UN VELERO EN FUEGO, INCENDIADO POR UN SUBMARINO ALEMÁN

Dibujo de Berdugo Landi

CAMARAF 20

# Las pinturas de la catedral de Valencia



“La adoración de los pastores”, cuadro de Ribera

NUNCA tuvo nuestra catedral caracteres de monumento artístico, excepto el bello y atrevido cimborrio, que se levanta sobre los arcos torales, en parte bastardeado por las transformaciones realizadas en el templo. Un furor absurdo contra el estilo gótico borró la traza originaria de la catedral, que si no fué concebida con la grandeza de las construcciones similares de su tiempo, correspondía á la estructura general del edificio. Cegado el parteluz, reformada la capilla mayor con excesos de un gongorismo decorativo, que al cabo no ha prevalecido en arte, sólo bellezas parciales resisten la crítica, sin que por ello queden menos patentizados los anacronismos artísticos en que, deliberadamente, incurrieron clérigos y artistas de los siglos XVII y XVIII.

Ligereza ó debilidad, esta perversion del buen gusto, esta falta de sentido artístico, contrastan con el esplendor que dos centurias antes alcanzaran las artes en Valencia: pintura, escultura, cerámica, hierros forjados, vidriería, bordados, platería; las artes decorativas, en suma, llegaron á un estado de florecimiento tal, que ciudad alguna de España aventajaba á la nuestra.

La escuela de pintura valenciana gozaba merecido prestigio, pues aunque el primer pintor que marca un estilo determinado en Valencia es Juan de Juanes, centenares de ta-

blas y lienzos en poder de particulares, en los conventos y en la catedral, acreditan el valer de nuestros artistas.

No nos proponemos enumerar todas las obras que contiene la catedral de Valencia, sino limitar el comentario á las de autores esclarecidos: Ribera, Goya, Juanes, Orrente, Sasso-Ferrato, y

singularmente de dos españoles, á quienes se deben las pinturas de las puertas que cierran el retablo de cobre dorado del altar mayor, obra primorosa de estilo ojival. Pintadas las doce tablas á principios del siglo XVI, hasta nuestros días fueron atribuidas á artistas italianos. Felipe II, al verlas, exclamó maravillado:—*El altar es de plata, pero sus puertas son de oro.*

Cuantos críticos han estudiado las pinturas del retablo reconocieron en ellas la influencia de la escuela florentina, quizá participando de la opinión de Valladares, quien, en su *Historia de la Pintura*, alude á la introducción del italianismo en la región valenciana por las obras de Francisco Pagano y Pablo de San Leocadio, traídos á Valencia por el arzobispo Rodrigo de Borja, en el año 1472.

Es de justicia reivindicar para dos españoles castellanos la gloria de esta obra, encomiada por Justi, profesor de la Universidad de Bonn, en su folleto: *La escuela de Leonardo de Vinci en la catedral de Valencia*; por M. Berteaux, profesor de la Escuela de Lyon; por F. Quiliet, por Lüque y por el exigente Ponz. A los trescientos ochenta y cinco años de haberse adjudicado esta gloria á Francisco Pagano y Pablo de San Leocadio, nuestro erudito doctor Roque Chabás descubre, con testimonios autorizados, que pintaron las doce tablas los españoles



“Santo Tomás, apóstol”  
Tabla del siglo XIV



“San Clemente y Santa Marta”  
Tabla del siglo XV



"Muerte y Asunción de la Virgen" (Del altar mayor)



Detalle de un cuadro de Almeida



"Visita a Santa Isabel" (Del altar mayor)

Fernando de los Llanos y Fernando Yáñez de la Almedina.

Goya, representado por dos lienzos, sólo *El condenado* responde á la fama del maestro. El otro, *La despedida*, es una pintura sin emoción, que se despegaba del lugar y representa al duque de Gandía despidiéndose de la familia.

El cuadro de *El condenado* acusa la valentía y la potencia pictórica de Goya: el hereje se agita convulso, horrorizado por las visiones que atormentan su mente, al presentarle el santo, figura de firme trazo, un crucifijo.

Goya pintó la figura del pecador completamente desnuda, y cuando, en 1790, vino el artista á Valencia para dar la última mano á los lienzos y colocarlos, se entabó una pugna entre él, los clérigos y otras personas devotas, á quienes enojaba ver al condenado en cueros. Al fin, y tras reiteradas instancias, accedió de mal talante el autor de los *Caprichos* á cubrir con un lienzo á la aguada parte de la figura; posteriormente, alguien manoseó y enmendó, con manifiesta inconsciencia, esta parte de la obra de Goya.

Para significar á D. Francisco Goya el contento por esta concesión, se organizó en su obsequio fastuosa jira campestre á la dehesa del Patriarca. Y cuentan las crónicas que en la pintoresca dehesa, bajo aromosos pinos, bosquejó Goya el retrato de su ama de llaves; doña Joaquina Candado, que se conserva en el Museo provincial de Valencia.

En la capilla de San Sebastián hay cinco pinturas de Pedro Orrente, muy interesante la del titular, por el estudio anatómico de la figura, la técnica y el colorido, que justifican la fama del discípulo del Greco. Otros cuadros de induda-

ble mérito merecen mencionarse: Vergara, Ribalta, Vicente López, Camarón, dos atribuidos á Ribera, Miguel Angel y Pedro de las Cuevas; Espinosa y Juanes (hijo). Doce pinturas sobre sarga, de Pablo Areggio, que antes, colocadas en cuadros, formaban las puertas de los colosales órganos, y dos frescos, bastante estropea-

Ferrato, el esforzado pintor que pretendió levantar el arte del abatimiento en que había caído por la decadencia de la escuela florentina, y la *Adoración de los pastores*, de Ribera. La obra del célebre pintor valenciano produce impresión parecida á la que se experimenta ante la insuperable *Escala de Jacob*, del Museo de Madrid.

Al contemplar la suavidad de tonos, aquella serenidad del rostro de María, el noble continente de las figuras, no puede por menos de evocarse la tormentosa existencia del artista, que con igual desenfado enredábase á cintarazos, abismábase ante el lienzo para pintar miembros descoyuntados y llagas purulentas, é idealizaba figuras como estas que admiramos en la *Adoración de los pastores*.

Hará unos veinte años se limpió esta pintura, y hoy se aprecian en su justo valor el dibujo y el colorido, antes borrosos. De prestarse el cuidado y la atención que requieren otros cuadros de mérito, el público advertiría que lo más interesante de la catedral de Valencia son las pinturas.

Porque las de Goya se ven con dificultad, al soslayo; otras permanecen en la penumbra, sucias, abandonadas, y las escogidas no tienen fácil acceso.

Contrasta esta preterición con el aparato y el artificio dispuestos para exhibir á San Antonio y la Inmaculada en altares de tonalidades caras, brillantes, radiantes de luz, que ejercen sugestión sobre cuantos ignoran las obras de los artistas valencianos, harto más estimables que el pseudoarte de almidón y purpurina, que invade ya hasta las catedrales.

SALVADOR ARIÑO SAGARMINAGA



"Cristo en brazos de la Virgen"

Tablas del siglo xv



"San Ildefonso"

dos, del maestro florentino Nicolás, decoran el aula capitular vieja, en la que destacan el hermoso retablo gótico de piedra y un soberbio Cristo, de Alonso Cano.

En la aula capitular nueva, varios cuadros notables de Juan de Juanes; tres tablas de Fernando de Almedina; la deliciosa *Madona*, de Sasso-



"La Concepción de María" (Del altar mayor)



"La Virgen del Amor Hermoso", de Sasso-Ferrato



"Presentación de la Virgen en el templo" (Del altar mayor)



MADRILEÑERÍAS

LAS NOCHES DE LA BOMBILLA

EL distinguido confectionador de «churros» nos miró melancólicamente. El humo de la caldera y la dulzura de la evocación estuvieron á punto de hacerle llorar.

—Esto se va por la posta—nos dijo—. A Madrid no le conocería ya López Silva, «lo cual» que no sé si sabrá usted que está en América. Fíjese en la verbena, señor. Hiede. No se despacha un churro ni dando un bono por los toros. Ahora á tóo el mundo l'ha dao por la finura ó por lo de fuera. La mano, señor, la mano pongo al fuego si dentro de na no va á verse en las verbenas más que puestos de bicarbonato ó combinaciones de esas de París pa solazarse eléztricamente.

Nuestro amigo el churrero se pasó la mano por la frente. Creíamos que iba á ponerse á meditar, y era que estaba sudando.

—Tiene usted razón—dijimos—. Ya no hay

—Es decir, que estamos en plena degeneración, y que al Café de Naranjeros ó al Cafetín del Manco le han podido el Ritz y el Palace.

—Ahí le duele, señor. ¡Esto está imposible! ¡Si yo escribiera en los papeles!...

Y nuestro interlocutor, afligido, siguió trazando dorados ochos en el aceite de la caldera. ¡Oh, ironía! Al marcharnos lo descubrimos. Aquel madrileño hasta la medula lucía en la muñeca un cuco relojito de pulsera...

Y, camino de El Pardo adelante, el simón nos conduce hasta las húmedas, evocadoras y algareras hondonadas de la Bombilla.

Entramos en un merendero. Cualquiera. Un gentío absurdo, por heterogéneo, hormigueaba en el espacio que las mesas dejaban libre. Las parejas de baile, con la vista baja, mirando al suelo, avanzaban y retrocedían. Imaginamos, al

«salao» y bien «marcao» de otros tiempos? Nuestro amigo nos miró atónito.

Luego soltó otra carcajada y otro: ¡Oh, la, la! *Tout á fait déchirant...*

—¿Qué has bebido?

—Si no me han estafado, gaseosa.

—Pues se te ha subido á la cabeza. ¿No sabes bailar el tango? Entonces eres una funeraria. ¿O te vas á venir ahora con la cursilería de lo castizo, de lo madrileño y de mil zarandajas literarias?

—Yo venía á la Bombilla en otros tiempos. Yo era un infeliz que bebía manzanilla de Sanlúcar y vino de «la tierra», y que bailaba sin salirse de un ladrillo, y que tenía una novia chiquitita, retrechera y juncal, con la que se daba unos «verdes» completamente históricos columpiándose en la Florida, merendando en Amaniel ó divagando entre los pinares de Puerta de Hierro.



fenómenos en sus barracas, como los de antaño, ni se bebe vino de la tierra, ni se «marcan» un chotis castizo los hombres. Esa misma estimable masa que usted, por una alucinación incomprensible, parece extraerse del esternón, está en decadencia. Nadie degusta hoy el «combro» tiernecito, ni la crujiente «bola», ni el «churro» áureo, generoso compadre del aguardiente. Las niñas postineras abominan de los «torraos», que sus señoras madres preferían antes de Santiago de Cuba. Y se embriagan con agua de Mondariz. ¡Le digo á usted, guardia!

El hombre ennegrecido de la buñolería al aire libre se echó á reir con estrépito.

—No ha estao ustez pesao—y añadió—. ¡Mí que no me digan: hay que españolizar á Uropa. Si yo fuese periodista diría un rato largo de cosas. Porque ¡hay que ver cómo está el negocio!... Los apaches, los tupis con pianola y los *sáiz de carlos* (aludía á los *side-cars*, indudablemente), nos han estofao á los que éramos castizos y bajábamos á San Cayetano ó á la Paloma á gastarnos un duro en lo nuestro y con lo nuestro. ¿Pues no se viene ahora mi costilla, que le tiene afición á las novelas, con que *Fantomas* le gusta más que *José María* ó *Luis Candelas*?

pronto, que se les había perdido á todas algún objeto de interés; pero resultó, porque al fin oímos al organillo, que estaban danzando un *fox-trott*. Se bebía cerveza ó soda, y los señores y las mujercitas alardeaban de pillines hablando un camelístico lenguaje, entre sudamericano y francés.

Bajo la pompa de las acacias, las luces eléctricas amarilleaban laciamente. De vez en cuando oíanse bocinazos ó chillidos de automóviles que volaban hacia la Cuesta de las Perdices. Goya, los Sotillos del Manzanares y la marchosa gentileza de las gatitas de Chamberí ó del Avapié eran evocaciones dolorosas en el aire, apestado de europeísmo, de aquella noche...

—¡Oh, la, la!—exclamó de pronto una voz conocida á nuestro lado—. ¿Qué suicida inacción es esta? ¿No bailabas «como los ángeles» el chotis á izquierdas? Pues por falta de mujeres «bien» no será.

—Pero, ¿qué les ocurre, que así se contorsionan, sozás y ridículas? ¿Qué nube de labios pintados y de voquibles forasteros es esta? ¿Dónde se han perdido los mantorcillos taragrescos y los ardientes ojos españoles? ¿Por qué huele el aire á Dimitrinos y á éter? ¿En qué rincón del mundo se baila el chotis «agarrao»,

—¡Puaf! Eres un antropopiteco. No caminas con tu época, y sucumbirás. Anda, vamos á bailar con esas dos tobilleritas la «danza del oso».

Huyeron ambos amigos, mientras nosotros seguimos observando aquel merendero metamorfosado por la civilización.

Las púberes y las crepusculares, todas muy maquilladitas y con el rostro acribillado de lunares postizos, comenzaron á saltar frente á su pareja. A saltar sin garbo, sin ritmo. Un viento desolador, viento de blandura y de afeminamiento, arrancaba á las acacias del jardinillo y al corazón de nuestro pecho una protesta, una melancolía y una repugnancia. Ninguna mujer de aquellas nos parecía madrileña; ningún hombre de los que allí había—salvo los camareros, tan graves cuando no se les paga—nos parecía hombre...

Con que, fatigados, salimos á la carretera. Una «moto» estuvo á punto de atropellarnos, y un mendigo barbudo nos pidió limosna en un francés de la casa Ollendorff. En la soledad y en la noche, mientras nos dirigíamos hacia Madrid parecía que nos alejábamos cada vez más, y para siempre, de él...

E. RAMIREZ ANGEL

DEBUJO DE ROBLEDANO

# DE VIAJE

S ENTADO en el balcón, al fresco venticillo de la noche, he sorprendido una escena que se repite todos los años, al llegar el verano. Una muchachita gentil, morena como una gitana, acomodaba prendas y objetos en una habitación de la casa frontera, invadida por una inundación de vestidos, de zapatos y de sombreros. A su lado, una señora oronda y respetable, tanto como un tonel, presenciaba la escena y aun, á veces, parecía querer dirigirla con ademanes que yo interpretaba como advertencias.

Un enorme baúl abría su boca, grande como la de una sima. En el fondo misterioso iban hundiéndose, bien dobladas, las faldas crujientes, las batas amplias y severas, las blusas transparentes y graciosas. Luego, sobre ellas, caía una caja con las botas de alta caña y largos cordones, ó los menudos zapatitos de piel amarilla. En seguida, otra caja repleta de abalorios y puntillas. Y, á continuación, un río de sedas, cintas, gasas y encajes.

De pronto, la muchachita rubia hace alto en la tarea. Ante el baúl permanece un momento silenciosa, como entregada á una profunda meditación filosófica. Cruzados los brazos sobre el pecho y con el índice de la diestra arañando la frente, parece como querer arrancar á golpes de uña la inspiración, un poco rebelde. La señora grave interviene y acaso da resuelto el intrincado problema. La linda viajera va sacando del baúl los encajes, las gasas y las sedas, los zapatitos relucientes, las blusas graciosas, las batas señoriles y los vestidos volanderos.

Y así dos, tres ó cuatro veces, hasta que las dos sonrían satisfechas y alegres. Entonces, la muchachita deja caer el abultado Baedeker, que queda gentilmente abandonado junto al azul turquí de una sombrilla y el rubio bronceado de una piel. Las dos mujeres se abandonan al descanso sobre un sillón, fatigadas de la ardua operación de «hacer el baúl», que exige siempre más cavilaciones que el binomio de Newton. La más joven, echada la cabeza hacia atrás, parece dormida bajo la caricia de la luz, tamizada por un globo de cristal rosa.

□□□

Mañana ó pasado, cualquier día de esta misma semana, cargará un mozallón con el baúl, y la señorita gentil ocupará, con la mamá, un simón que las lleve un rato al través de las calles madrileñas, camino de la Estación. Al comenzar el viaje, la señora dará la orden con la misma bazaría que si mandara un regimiento:

—¡ Al Norte !

En la Estación ocuparán las viajeras un vagón que diga *Asturias ó Santander*. A poco, presentarán el kilométrico, adquirido con los ahorros de todo el invierno, y, cuando pasen de Villalba, calcularán exactamente la hora á que han de llegar á Segovia, á Medina, á Valladolid y á Venta de Baños. No se entregarán al encanto de los viajes sin rumbo fijo, con estaciones ignoradas y paradas desconocidas. Hora á hora, sabrán por dónde pasan y á dónde van, gracias al auxilio de la *Guía Oficial de Ferrocarriles*. Más tarde, cuando hayan llegado al punto de partida, meditarán sus excursiones y empezará el Baedeker á funcionar. Como todos los años.

La mayoría de las gentes hacen sus viajes con arreglo á un plan estudiado cien veces y ajustando sus sensaciones á un método vulgar. En el tren, consultamos la *Guía* con la misma fe que al oculista y al cirujano, y nos disponemos á obedecerla, según nos mande, con un gesto de admiración ó un ademán de indiferencia. Pasan las ruinas de un convento, los caídos paredones almenados de un castillo feudal, los pintados miradores de una finca de recreo... Nosotros no sentimos ni nos conmovemos. Abriremos la *Guía*. A ver qué dice... ¡ Oh ! Y permaneceremos un rato

boquiabiertos. Luego, levanta el vuelo una cigüeña, se pierde en la llanura el áureo incendio de los trigales, deslumbra nuestra vista un manantial, se aparece á lo lejos una montaña coronada de nieves eternas... Preparemos la *Guía* y repasemos el índice. No dice una palabra... ¡ Bah !

En el lugar elegido para el veraneo vivimos siempre esclavos del Baedeker. El nos manda, nos guía, nos conduce, nos ilusiona y nos desencanta. Pero las páginas del Baedeker no registran los rumores del campo, los silencios de la montaña ni las puestas de sol. Se va todo en datos, cifras y nombres; descubre los secretos que encubren unas piedras venerables; contrasta el valor arquitectónico de unas torres; apunta el lugar y la fecha de los hechos históricos. Y nos manda pasar indiferentes cuando se calla, ó nos induce á entusiasmarnos en cuanto él quiere mostrarse parlanchín y erudito. Y nosotros, dispuestos siempre á obedecerle, ponemos buen cuidado de poner el libro en lugar bien visible al comenzar el viaje, como mi vecina, la muchachita morena como una gitana.

Jamás pensamos en buscar nuevas sensaciones, ni en descubrir canciones desconocidas. Esto sería romper las ligaduras que nos atan al libro consagrado y vivir ajustados al propio ritmo y por nuestra cuenta. ¡ Ah, no ! ¿ Cómo es posible que hiciéramos un viaje exponiéndonos á no ver las

ruinas de un convento donde hizo penitencia Santa Eldegunda, y á no admirar la casa donde nació el preste Juan de las Indias? Pero, en tanto, permanecemos insensibles á la vista de admirables rincones que son como relicarios de la emoción, y no nos detenemos á contemplar las maravillosas alturas donde descansa la luz y se duerme el silencio. Somos ciegos que no vemos los divinos resplandores del aire, y sordos que no oímos las solemnes palpitations de la Naturaleza. Nos conmovemos y alegramos oficialmente, con la misma rutina que nos impone todos los días el calendario.

Cuando el verano vaya de vencida, veré volver á mi vecina, en el mismo simón callejero y con el mismo baúl lleno de vestidos, plumas, gasas y encajes. La morenita viajera habrá pasado y repasado las páginas de la *Guía* y el Baedeker, y se habrá conmovido contemplando una piedra donde posó la planta Salomón y admirando la humilde choza donde vino al mundo un gracioso bufón del rey Perico. Yo quisiera mejor que la muchachita gentil volviera á su cuartito madrileño para soñar, bajo la luz tamizada de un globo rosa, llenos los sentidos de ritmos palpitanes y nuevos, y rebosante el alma de los divinos acordes con que aduerme la inmensa sinfonía del mar y de las cumbres.

JOSÉ MONTERO

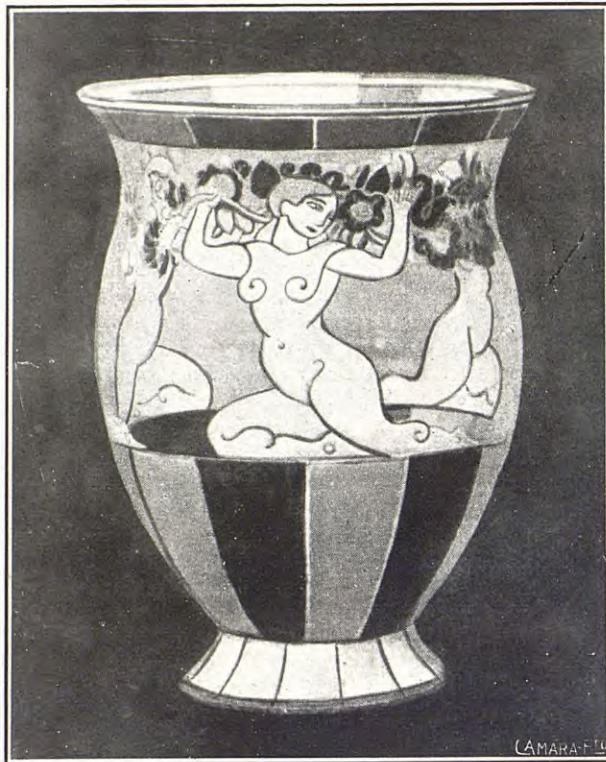
DIBUJO DE RAMÍREZ



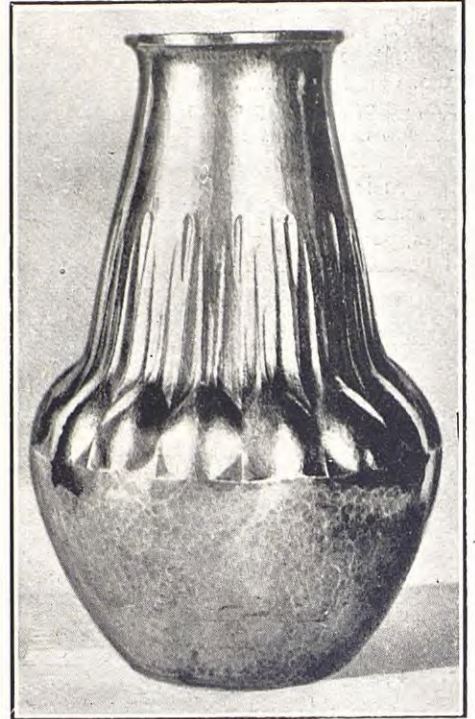
LA EXPOSICIÓN FRANCESA DE BARCELONA  
**EL GRABADO Y LAS ARTES DECORATIVAS**



Madera tallada, presentado por Le Bourgeois



Vaso de cristal con decoración de esmaltes opacos y transparentes, original de Mauricio Marinot



Vaso de metal, presentado por Dunaud

En las salas de la planta baja que cercan el gran *hall* de entrada en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona, se habían colocado las secciones de grabado, arquitectura, textilera, vitraria, mobiliario, librería, cerámica, joyería, juguetes y medallas.

Contribuyeron con sus envíos, además de los tres Salones de la Nacional, de Artistas Franceses y de Otoño, el Museo de Artes Decorativas, donde se recogen las obras más salientes de las sucesivas Exposiciones del Salón de Artistas decoradores que se celebran en el Pabellón de Marsan.

El conjunto reunido por los organizadores de la Exposición no representa con verdadera eficacia las artes decorativas francesas. No pueden olvidarse las circunstancias presentes que han paralizado muchas industrias artísticas y que se han llevado á más trágicos empeños á los decoradores jóvenes que en las Exposiciones del Pabellón de Marsan y del Salón de Otoño habían acusado ya sus diferentes personalidades.

El nombre de Forain llena y eleva toda la sección de grabado. Tiene, además de cuatro cuadros al óleo, una serie de dibujos y otra de aguafuertes sencillamente prodigiosas.

Los dibujos son veintiocho, y se refieren á la guerra actual. Casi todos ellos se han publicado en *La Opinión* ó en *Le Journal*, y tienen esa doble energía del pensamiento y de la factura

que hacen de Forain el hijo espiritual y mejorador de Daumier. Las aguafuertes y puntas secas son cuarenta y dos, y renuevan el dolor y el amor de Cristo en los episodios bíblicos sobre episodios reales. Alcanzan, con la máxima perfección del género, una profunda penetración psicológica y señalan los austeros reproches de un disconforme y de un generoso rebelde frente á las infamias humanas y las cobardías sociales.

Después de Forain hallamos obras sueltas de Augusto Lepere, donde se alternan deliciosos rincones campestres, obtenidos con esa blandura del boj, y mordentes escenas de la Francia invadida. Naudin, el formidable dibujante que acaso haya superado á Steinlen en la compasiva interpretación de *Los miserables*, tenía tres pruebas: *Les tombes*, *La relevé* y *Saltimbanques*. De Carlos Cottet, había: *Feux de la St. Jean* y *Au pays de la mer*, evocadores de la Bretaña dura y áspera de sus cuadros. Lunois tenía doce pruebas en color donde había recogido aspectos y figuras españolas—bailadoras andaluzas, tamborileros vascos, toreros, mendigos—con positivo vigor en el trazo y agilidad suma en el movimiento. También era una galante oferta á España *Le retour de Goya dans sa patrie*, del admirable fantasista Jean Veber.

Deben citarse también las obras de Legrand,

Abel Truchet, Ouvre Carriere, Rodin, Bremond, Cazin y Colin.

En las vitrinas de la sección de librería eran una gratísima tentación las bellas ediciones demostrativas de cómo Francia muestra una vez más el refinamiento de su sensibilidad. Alemania podrá hacer los libros más baratos y más ostentosos; Inglaterra más prácticos y cómodos. Francia conserva el secreto de hacerlos encantadores. Alternaban en los envíos los editores y los artistas. Figuraban Helleu, Bernhein, Berger-Levrant, Kieffer, Larousse, Pichon, Ronart, Volland y la *Société Littéraire de France*, entre los primeros. Olga Bing, Hansi, Hellé, Beltrand, Delaw, Lepere, André Mare, Piot, Roche, Vera y Toupey, entre los segundos.

En la sección de artes decorativas decoraban los muros los proyectos de telas impresas y papeles pintados de Jacques Dresca, Gustavo Jaulmes, María Jaulmes, Adrián Karbowsky y D'Espagnat.

Hallamos de nuevo los bellísimos vidrios esmaltados de Mauricio Marinot y de Marcel Goupy; los vasos y objetos en metal de Jean Dunaud; las cerámicas de Delabérche, Decoeur, Dammouse, Lenoble y Metthey; las graciosas estilizaciones animalistas de Le Bourgeois.

Por último, la sección de juguetería, donde han colaborado los mutilados de la guerra, será objeto de otro artículo por la serie de consideraciones que sugiere.



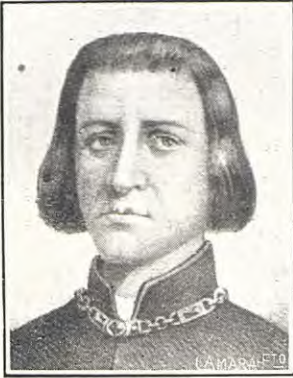
Los últimos encargos



¡Esta es la vida!

(Dibujos de Forain)

LA LITERATURA VALENCIANA



AUSIAS MARCH  
Poeta valenciano del siglo XV

EL renacimiento literario valencino es un fenómeno reflejo del de Cataluña y no ha llegado al pueblo todavía. El cuerpo de esta literatura, que es trabajo de los poetas principalmente, puede afirmarse que constituye una inacabable letanía en que se dicen á Valencia

todas las ternezas y se la ofrece, como en un incensario, el amor de todas las almas.

Los vates valencianos presentan en conjunto la misma faceta.

Y es que este renacimiento, por causas difíciles de remediar, continúa en la infancia.

El espíritu de Constantino Llombart flota sobre las aguas quietas de este movimiento, y se oye siempre su voz que predica valencianismo y que exhorta á amar á la patria chica, que para él era la patria principal.

¡Pobre maestro! El fué el alma de este resurgimiento. El sólo adivinó el camino que habían emprendido los catalanes con su renacimiento literario, y sabía que el grito de Aribau, repercutido en Rubió y Ors, había de hacer surgir, más ó menos pronto, un Prat de la Riba.

Por la senda de la literatura pensaba él que Valencia llegaría también al regionalismo, y con fe verdaderamente apostólica predicó el valencianismo en la calle y en el libro, en el periódico y en la tribuna. Todos los que pertenecemos á la pasada generación y hemos hecho versos, fuimos formados por él.

No puedo recordar sin emoción aquella época en que Pedro Bonet Alcantarilla, Vicente Blasco Ibáñez, Barber y Bas, Gadea Mira y algunos otros, éramos aún casi niños y nos agrupábamos alrededor del hombre de las gafas, como llamábamos á Llombart, para leerle nuestros trabajos, que él corregía y se encargaba de publicar.

Muchas veces, en los días de sol, organizábamos excursiones al campo con Llombart, y allí, en plena Naturaleza, entre los árboles que crecen á la orilla de las acequias, mientras devorábamos la frugal merienda y bebíamos, al gallet, el bravo vino de Pedralva, aquel hombre que, además de gran valenciano, era un excelente poeta, que lo mismo escribía en lengua del país que en el más correcto castellano, nos repetía las palabras con que Vinatea obligó al rey aragonés á guardar nuestros fueros, aquellos fueros que eran el cuerpo jurídico en que radicaban todas las libertades y la fuerza de este país; nos contaba cómo y dónde se instaló en Valencia la primera imprenta de España; nos explicaba por qué el mercedario Fr. Jofré fundó en nuestra ciudad el primer manicomio que se instaló en el mundo; nos hablaba de los grandes poetas valencianos y nos familiarizaba con Ausias March, Corella, Jaime Roig, Juan Martorell, Isabel de Villeña, Carlos Ros y Villarroya.

Otros días nos hablaba de arte, y nos refería anécdotas de las vidas de nuestros grandes pintores.

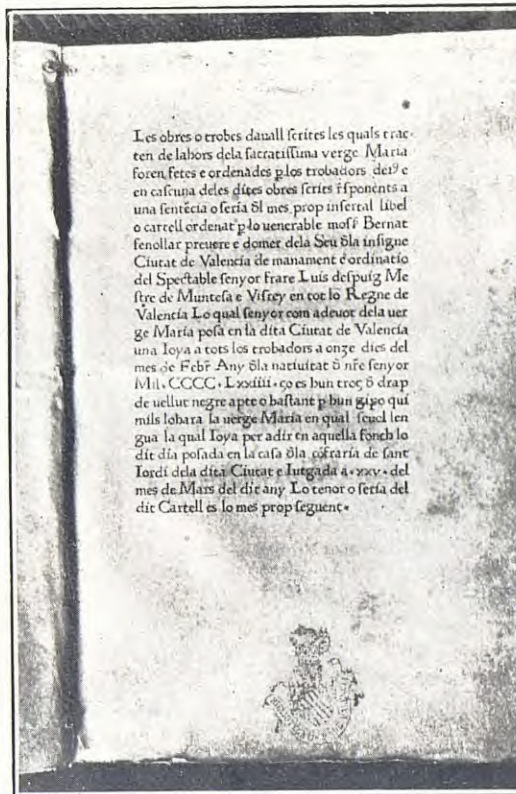


TEODORO LLORENTE  
Honra y gloria de la lírica valenciana

Cómo concibió Joanes su famosa Purísima, lo que hizo Ribera en Italia, cosas de Ribalta, de Espinosa, de March, de Borrás, de Orrente, de López, y nos encomiaba las excelencias de la escuela valenciana de pintura, cuya gloria nos enseñaba á comprender.

Pero ninguna reunión terminaba sin que el maestro expresara su odio al asesino de los fueros valencianos; al que los mandó quemar, en Játiva, por mano del verdugo; al rey incendiario que, después de vencer á los pueblos, los destruía por el fuego para castigar el delito de haberle opuesto resistencia; al que mató nuestra lengua prohibiendo su uso y nos ató á la carreta del centralismo como los generales antiguos ataban á los vencidos á sus carros de guerra para hacerlos esclavos de sus pueblos.

Claro es que, después de estas soflamas, cada uno de nosotros se marchaba á escribir unos versos en que ofrecía su amor á Valencia, ó á componer un himno de odio á Felipe V; y claro es también que lo hacíamos todo en valenciano repleto de palabras arcaicas y con una ortografía



Una página del libro "Trobes en laor de la Verge", el primero que se imprimió en España, en 1474

en desuso, por lo que si el trabajo se publicaba, no lo leía nadie.

En *Lo Rat-Penat* había agrupado Llombart á los que nosotros llamábamos viejos, y allí concurrían el insigne Teodoro Llorente, honor y gloria de la moderna lírica valenciana; el ilustrado Querol, que enriqueció con sus *Rimas* los tesoros de las letras castellanas y regionales; el tiernísimo Víctor Iranzo, el delicado Jacinto Labaila, el epigramático Sanmartín y Aguirre, el enamorado Bodria, el grandilocuente Félix Pizcueta, el inspirado Pascual y Genís, el enérgico Cebrián Mezquita, el elegante Aguirre Matiol, el fecundo Badenes Dalmau y otros muchos poetas que compartían la labor de difundir el amor á las glorias valencianas con eruditos y literatos tan notables como Martínez Aloy, Serrano Morales, Vives Liern, barón de Alcahalí, Vives Ciscar, Tramoyeres, Martí Grajales y todos, en fin, los que tenían verdadero cariño á Valencia y hablaban valenciano.

Todos se llamaban valencianistas; pero eran muy contados los que comprendían la obra de Llombart, cuyos frutos, por esta razón, habían de ser escasos y tardíos. Porque se produjo el movimiento literario; pero lo que había de ser hoguera que iluminara el espacio, quedó convertido

en modesta lámpara votiva, cuya luz apenas deja ver el rostro de la imagen que alumbraba.

Por otra parte, á aquellos poetas no les leía el pueblo, que sólo entiende á los que se allanan á dirigirse á él en su lenguaje, sin obligarle á desentrañar el sentido de palabras cuyo significado ignora, ni á quebrarse los sesos en ortografías que no le enseñaron, y entonces, si es un verdadero artista el que le habla, llora, como llora cuando Morales Sanmartín le sirve su *Cadireta d'or*, ó ríe, como ríe con Escalante, Balader, Thous, Cidón, Ferrándiz, Agulló, Casajuana, Juan García, Sanchís Arcís y tantos otros autores que le regalan con las flores de su ingenio. Sería muy difícil explicar por qué un autor dramático del fuste de Martí Orberá, capaz de hacer todo el teatro valenciano, ha encontrado el vacío en su país. Quizá halláramos la clave ahondando en la psicología de nuestro pueblo.

Hoy, la poesía valenciana sufre un recrudescimiento en su carácter arcaico. El ideal de los poetas nuevos es Ausias March, cuyo lenguaje y forma métrica toman por modelo; y como, además, pretenden estudiar valenciano en los autores de Cataluña, resulta que escriben en catalán. Algunos, los mejores, como Mustieles y Durán Tortajada, se dedican á ello francamente y se van al Principado, donde encuentran gloria y provecho luchando en el campo de las letras catalanas.

Además, se ha recrudescido en los poetas valencianos el sentimiento del regionalismo, y solamente Trenor, Martínez Ferrando, Cebrián Ibor, los Zapater, Pérez Lucia y Alberola, son, quizá, los que no están tocados de la manía de escribir versos regionalistas, que es como si dijéramos poesía política. La generalidad de los demás, algunos de ellos poetas de mérito, incluso Puig Espert y Bayarri, este último mezcla de místico y guerrero, parecen empeñados en conseguir la autonomía de la región á fuerza de endecasílabos.

La reivindicación de los derechos de Valencia vendrá por otro camino, si ha de venir, impuesta por el imperio de la necesidad, sin que los poetas tales, como tales, puedan servir gran cosa en esta empresa.

El puesto de los regionalistas no está en el sereno campo de la poesía; los poetas valencianos deben vaciar en el hermoso molde de su idioma todo el tesoro de su arte, procurando que éste sea lo suficientemente fuerte para vencer la pasiva resistencia del pueblo á enterarse de que tiene literatura. De otro modo, carecerán de público y seguirá sucediendo que los literatos capaces de hacer labor grande y fecunda, escriban unos en castellano y otros en catalán, con lo que las letras valencianas no irán ganando nada, sino todo lo contrario.



EDUARDO ESCALANTE  
Ilustre sainetero

Ramón ANDRÉS  
CABRELLES



CONSTANTINO LLOMBART  
Eminente poeta é iniciador del renacimiento en Valencia

PÁGINAS POÉTICAS



=Varela de Seijas=

El paje sin amor

Corcel de guerra es el mío  
que ahora camina en la paz;  
las riendas le dejo sueltas:

¿dónde irá?

Por montes y por llanuras  
me va llevando, hasta dar  
á orillitas de una fuente.

En el cristal  
terso y limpio de sus aguas  
hanse venido á hermanar  
lagrimicas de mis ojos.

Si ellas dan  
en labios de aquella dama  
que me las supo arrancar,  
bendita sea la fuente  
que entre sus linfas las ha.

No llevo en aquesta andan-  
escudero que cuidar [za  
tenga de la vida mía,

pues que va  
aún más señora mi alma  
con el dolido penar  
de la noble castellana,

sin curar  
de más mundo que el que hue-  
los cascos de mi alazán. I llan  
En la corteza de un roble  
fui á grabar  
con la punta de mi daga

la letra que es inicial  
del nombre de mi madrina,  
cuando aciertan á pasar  
los reyes con su cortejo,  
que de cacería van.

La reina musita al punto  
de cruzar.

“¡Bello paje es este paje  
que tan dolorido está.

“Dime, dime el pajecillo:  
“¿quien te da

“causas de tanta congoja?”  
“¡Ve que lo has de confesar!

“¡Ve que lo mando!, y por rei-  
“lo dirás. Ina

“—¡Ay, señora! Yo tenía,  
“sólo dos horas habré,

“una madrina, y por ella  
“me acudé aqieste llorar;

“pues hay un conde tirano,  
“tan celosico y rufián,

“que teme que la madrina  
“pueda dar

“en dama de mis amores.  
“—Ved qué paje tan galán

“—dicele la reina al rey—.  
“Entrará

“desde agora á mi servicio.  
“Ved que lo habéis de otorgar.

“Hagan puesto en mi cortejo  
“á este rapaz.

“A la madrina que dices

“haz cuenta de no llorar;  
“que, si pujas por madrina,  
“yo te serviré de tal.

“Desde agora eres mi paje:  
“sólo de mi curarás:

“yo te haré, ¡por vida mía!,  
“disipar

“aquese duelo que lloras,  
“que por lenzuelos tendrás

“amores de una doncella  
“angelical.

“Y cuando el tiempo te llegue,  
“con ella te he de casar:

“Isabelica se llama.  
“Ya verás

“cuán lozana y cuán pulida.  
“A fe que te agradará.

“Es hija de un maestresala  
“y nieta de un capitán.

“—Ay, la reina, mi señora  
“--respondí--; no haya casar,

“que á la dama que dejara,  
“para no encontralla más

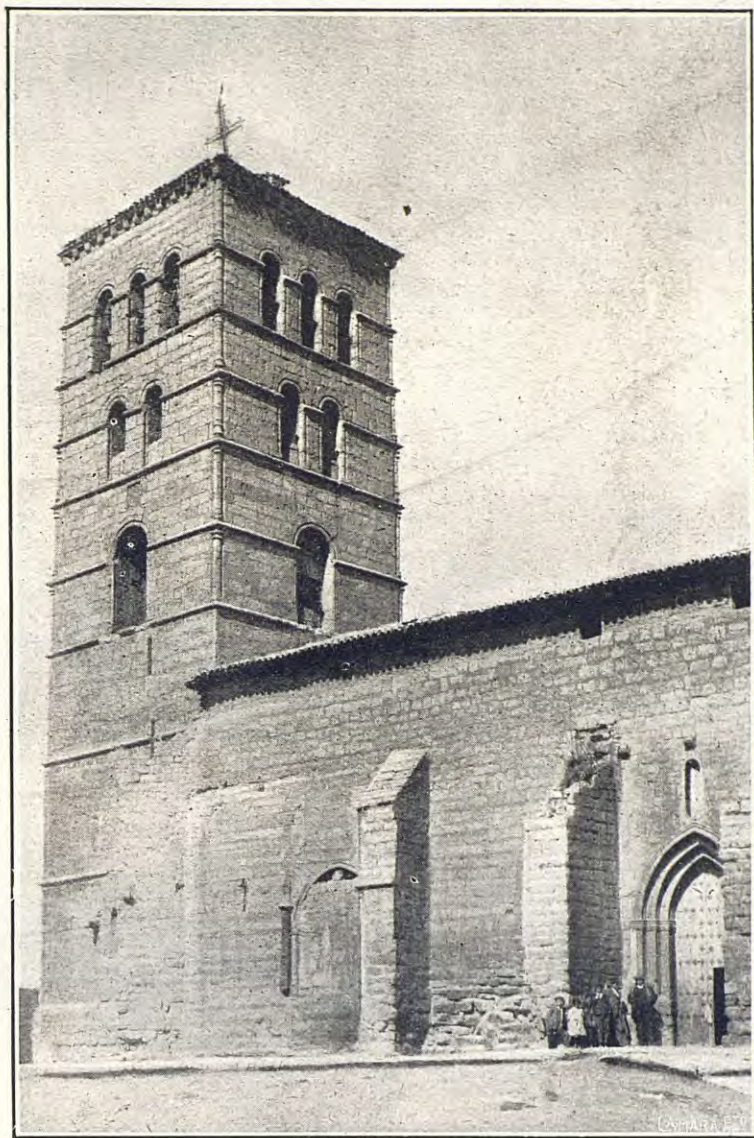
“por los días de mi vida,  
“luto la quiero guardar...

“Idos, mi reina y señora;  
“idos y dejadme en paz...”

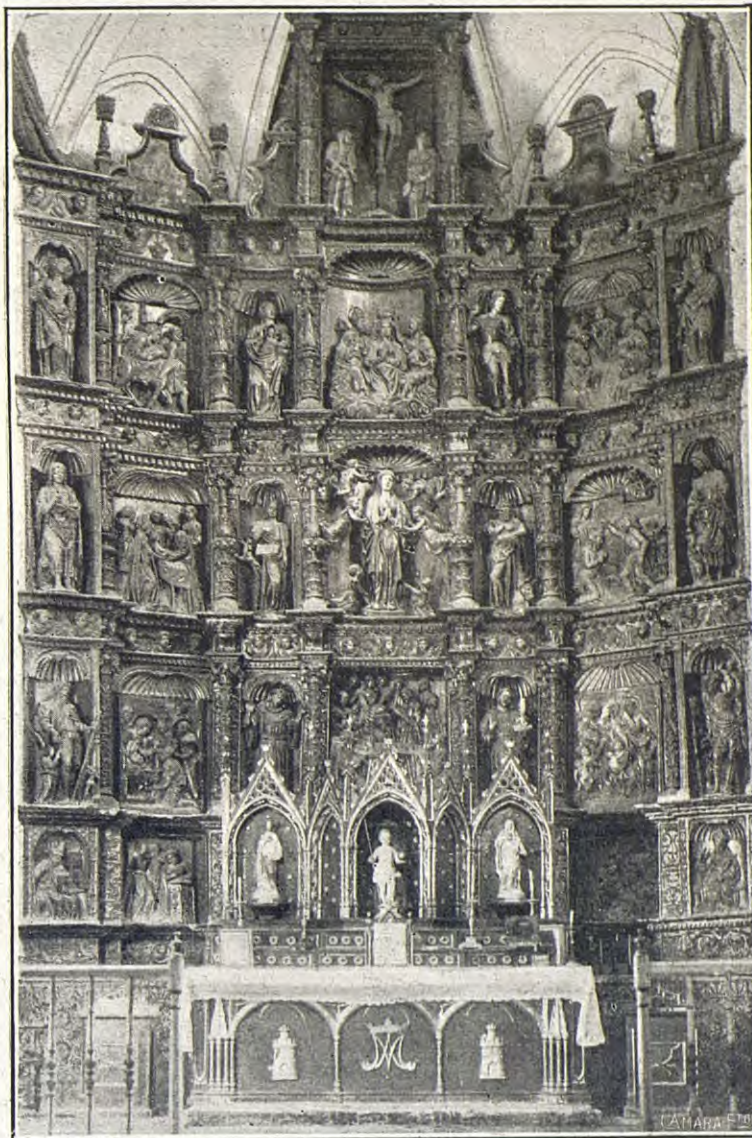
Diego SAN JOSÉ

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL  
LA IGLESIA DE TORREMORMOJÓN



Vista exterior del templo



Magnífico retablo del altar mayor

Y A en varias ocasiones, y con motivo de haber sido reproducidos en estas mismas páginas algunos de los notables é interesantísimos monumentos que en ella existen, nos hemos ocupado de la enorme riqueza arqueológica que en la vasta región de terreno que la constituye, guarda la famosa é histórica Tierra de Campos. Mucho se ha escrito y se ha publicado ya sobre estas viejas edificaciones, y á nosotros cábenos el honor de no haber sido los más parcos en contribuir á esta obra divulgadora con el número considerable de informaciones que LA ESFERA ha publicado ofreciendo al público interesantísimas fotografías de templos y residencias religiosas que permanecían inéditos, acompañadas de textos y artículos reseñando sus méritos, sus bellezas y los datos más salientes de su historial. Pero, á pesar de esta copiosa labor de vulgarización, cada vez más intensa, merced á la gestión acertadísima de altas personalidades amantes de la belleza y del arte, aún son muchas las joyas arqueológicas que, por estar situadas en lugares insignificantes y faltos de medios de comunicación, subsisten absolutamente desconocidas, aun cuando sus méritos sean, como ocurre en la mayoría de los casos, verdaderamente grandes.

Este desconocimiento del público, en general, respecto de los monumentos arqueológicos, nace principalmente, de la poca ó ninguna importancia que desde tiempo inmemorial se concede á estos temas, y se da el caso frecuentísimo de que donde la ignorancia tiene más recias raíces es precisamente en los mismos lugares en que estas viejas

y venerables construcciones están situadas. Y, tras este breve preámbulo, volvamos á ocuparnos de la información objeto de este artículo.

Decíamos antes, y ahora lo repetimos, que, no



Retablo gótico

obstante la intensidad de la labor divulgadora que se viene realizando de algún tiempo á esta parte en lo que respecta á la riqueza arqueológica religiosa que existe en España, son muchas las edificaciones de esta índole que aún permanecen casi ó totalmente ignoradas. Entre estas figura la antigua iglesia de Torremormojón, pequeño pueblo perteneciente á la provincia de Palencia, situado en la parte meridional—la más bella de la comarca—de la Tierra de Campos, y de la que en esta misma plana publicamos tres fotografías. La arquitectura y ornamentación de dicho templo pertenecen á la época de transición, en toda su pureza, y en él existen admirables retablos góticos, suntuosas y ricas ropas de artísticos bordados é innumerables reliquias de gran valor, todas ellas pertenecientes á los sabios varones que salieron de su cabildo.

La construcción de esta iglesia, pobre y humilde, pero bella y acogedora, data del siglo XVI, y hecha excepción de la nave principal, que es amplia y anchurosa, nada hay en su interior que llame la atención del visitante por su magnificencia. Todo en este templo es quietud, serenidad y misticismo. Allí no llegó, por fortuna, el avance un poco nocivo de la moderna civilización, que todo lo invade y nada respeta. Por el contrario, dentro del recinto de esta pobre iglesia lugareña parece flotar aún el apacible ambiente de las lejanas centurias, y cabe sus muros, recios y fuertes muros como la fe de los verdaderos creyentes, parece que está uno más cerca de Dios...—L. G.

# LA MODA FEMENINA



**H**E aquí varios elegantes modelos de sombreros y vestidos para la presente estación. Son frágiles, ligeros, ondulantes, propios para lucirlos en las playas veraniegas de moda, en las que se congregan las mujeres más elegantes de todas las provincias españolas. Tienen una gracia especialísima, como si estuvieran formados con espumas del mar. En Madrid han sido vistas las nuevas indumentarias femeninas en los primeros días estivales. Nuestras elegantes las lucieron brevemente en la Castellana y en Recoletos y las pasearon gentilmente por la Carrera de San Jerónimo a la hora del atardecer, la más espléndida de las horas madrileñas. Pero el calor



Varios elegantes modelos de sombreros y vestidos para la presente estación

excesivo de unos días apresuró el éxodo veraniego, y al presente son Santander y San Sebastián las afortunadas poblaciones donde la elegancia tiene su trono. En sus paseos y en sus playas, en el Sardinero y en la Concha, lucirán espléndidamente los nuevos vestidos femeninos, graciosos y gentiles. Hasta que pasado Octubre, caigan nuevamente sobre Madrid las avanzadas de la moda, que serán, sin duda, en absoluto desemejantes a las de la otoñada anterior. Pues así lo ha decretado la moderna Penélope suntuaria, en su eterno crear para destruir al día siguiente. Dictadora cruel é implacable, que como otras muchas tiranías, sólo *disfrutan* los países civilizados.



"Costas gallegas", cuadro de Francisco Llorens, que figuró en la reciente Exposición Nacional

## DIALOGO EPILOGAL

ESTABA el viejo pintor, como todas las tardes, en lo alto de aquella cumbre, desde donde veía cambiarse la tierra en mar. Detrás de él quedaba el pueblo, rumoroso y humilde, con sus leiras, pomares y corredoiras, con su tránsito de carretas gemidoras, de mozos membrudos y mozas esbeltas como canéforas, sosteniendo sobre sus cabezas la ferrada con su triple corona de cobre rutilante.

Y allí le sorprendió y le alegró el pintor mozo con su repentina presencia, que venía á eslabonar las gustosas y habituales entrevistas.

EL PINTOR VIEJO.—¡Oh, rapaz! ¿Cuándo viniste?

EL PINTOR MOZO.—Aún no hace media hora. Todavía debe estar retemblando el motor del automóvil y aún me quebranta el cuerpo el día y la noche de tren. Pero tenía sed de este reposo augusto y de su palabra amiga, maestro.

EL P. V.—¡Oh, rapaz! Vienes flaco, pálido y triste. Supe que tu cuadro no tuvo medalla.

Fulgieron las pupilas azules del mozo. Le rasgó la ironía los labios para un súbito resplandor de los dientes. Levantó los puños crispados.

EL P. M.—Injusticia fué, maestro. Usted bien lo sabe.

EL P. V.—También sabía otras cosas y no quisiste hacerme caso. Esta serena marcha del tiempo aquí, refugiada en todos los olvidos ciudadanos y cortesanos; esta íntima satisfacción del propio espíritu mirándose hoy en la obra ejecutada ayer, valen harto más que cuanto ficticio espejismo fuiste á buscar en Madrid. Bien te lo dije, rapaz.

EL P. M.—Di sus cartas, y me sonreían sorprendidos y con esfuerzos de memoria. Le han olvidado, maestro. Frecuenté las reuniones de artistas, y salía con el corazón angustiado y temeroso de decir nada por si acaso las palabras salían mojadas de lágrimas.

EL P. V.—Te desquitarías, rapaz, en las enseñanzas de los maestros, en las controversias de los compañeros, en las doctas lecturas de los críticos.

EL P. M.—No se burle, que bien hondo me duele el cambio de nuestra aldeanega paz, de la fecunda calma pueblerina, por el espectáculo lamentable. Una Exposición Nacional es muy otra cosa de lo que yo imaginaba. Perdón he de pedirle por dudar en mi pensamiento cuando usted me quería desentantar.

EL P. V.—¿Qué viste, rapaz? Cuenta, que estoy curioso por ver si en los veinticinco años de mi alejamiento cambiaron las Exposiciones Nacionales.

EL P. M.—Hallé el pedantesco orgullo, la codicia hipócrita, el rencor disimulado y la vocinglera impotencia que usted me decía. Sólo se pensaba en cazar una medalla y pescar una adquisición. Lo de menos era ver si los cuadros estaban bien pintados ó sugerían alguna emoción igual á la emoción que les dió vida. Salvo la obra propia, oía que todos censuraban á todas.

EL P. V.—¿Pero los había?

EL P. M.—Claro que los había. Y fueron ellos el desquite de tanto desengaño.

EL P. V.—¿Entonces la Prensa ha mentido?

EL P. M.—La Prensa, maestro, ha sido lo más triste, lo más doloroso de esta Exposición. Yo no he leído jamás tanto error y tanta ligereza y tanta ignorancia disfrazada de desdén. No mató, maestro, á la Exposición el terrible mal interior de las obras anodinas ó peores, no la mató el Reglamento, sino los artículos agresivos y las reseñas equivocadas y aquel unánime clamor de que la Exposición era tan mala, tan mala, que no merecía ser visitada ni comentada. Luego ha de añadir usted, maestro, la lucha entre aquellas salas sin luz, sin ventilación, donde se colgaron los cuadros, y la alegría exuberante de los jardines y avenidas del Retiro. Más grato era contemplar la Naturaleza real que la pintada. Sume también las murmuraciones de los descontentos, el veneno de los fracasados y la atmósfera hostil que crean los profanos, cuya cultura artística se limita á lo que en su periódico respectivo leen, y comprenderá, maestro, cómo el público ingenuo y de buena fe no ha visitado la Exposición y cómo tuvo que cerrarse la Exposición antes de tiempo, lo mismo que un teatro á quien el público vuelve la espalda y cuyo empresario no tiene mucho dinero.

EL P. V.—Lamentable ha sido, rapaz, por lo que á ti se refiere, ya que tu obra pasó inadvertida de los que pudieron premiarla, de los que debieron analizarla y de los que no quisieron verla; pero en lo que se refiere al arte en general, casi debemos alegrarnos de este aparente fracaso, donde no deja de haber su realidad positiva y elocuente. Yo seré viejo, pero comprendí y acato las lógicas evolucio-

nes y transformaciones. Una Exposición Nacional, con Jurados, con medallas, con un escalafón de genios de distintas categorías, no tiene razón de ser. Debemos procurar que todo esto desaparezca, inbuir á los artistas el convencimiento de que una medalla no da el menor prestigio y que la venta de un cuadro al Estado no resuelve el problema de la vida, ni mucho menos significa una consagración. Debemos alentar las exposiciones individuales en cuanto representen algo más de lo que ahora son en una confusión de valores positivos é impaciencias prematuras; procurar, además, que las regiones se manifiesten en sí mismas en estos Certámenes artísticos, que ya empiezan á menudear para beneficio de los artistas provincianos capaces de constituir el índice estético de una raza. Valencianos, catalanes, vascos, asturianos, andaluces, gallegos, todos tenemos diversos núcleos de pintores que pueden constituir conjuntos expresivos y definidores. ¿No te parece, rapaz? ¡Rapaz! ¿Me oyes?

El mozo separa con pena sus ojos del mar, que ha vuelto á embrujarle, recobrando el espíritu del artista.

EL P. M.—Sí; le oigo, maestro. Pero había olvidado ya todo cuanto no fuera este bienestar dulce de campo, de horizontes y de rumores fecundos, á los que me he restituido. Nada me importa ya las Exposiciones y sus obligadas consecuencias. Es el libre espectáculo de la Naturaleza lo que importa. Y con él, la amistad sabia, experta y noble de un maestro como usted.

EL P. V.—Y el amor de la moza que en la noche de San Juan, mientras tú languidecías en Madrid, saltaba las fogaratas legendarias, sin que las llamas rozaran sus pies ágiles, lo cual fué buen augurio para vuestra boda.

EL P. M.—¡Santa trinidad que preside en las vidas felices: el arte, el amor y la amistad! Todo lo que contra ellas avance, debemos rechazarlo y despreciarlo.

Palidece el cielo. Adquiere nacarinas transparencias el mar. A contra luz de los vespérales cobres incendiados tornan algunas embarcaciones pesqueras. Se oscurece la tierra y un vientecillo frescachón hace temblar las ramas altas y frágiles de los pinos...



# Tragedia moderna en teatro antiguo



Es Palmira, "reina de Oriente": la que yergue sobre el osario de sus mármoles una diadema que aún le tejen, orgullosas, las columnas del templo del Sol

No hay, entre los caminos del mundo, senda venerable como ésta por la cual van, sobre el polvo de los siglos, las huestes de la paradoja: cipayos de Varanasi, Palibethra y de Kapurtala, marchando á la sombra de la bandera británica... Hijos y nietos de aquellos irreducibles «xatriyas» que, hasta la última gota de su sangre, lucharon contra la opresión inglesa, helos trocados, por mengua ó por merced del destino—¡quién lo sabe!—, en servidores fieles del

Imperio, para el cual, al precio de sus vidas, conquistan el Asia Menor; y asientan sobre ella, con firmeza de cosa durable, un eslabón de acero que, de hoy más, hará fuerte y una la cadena del señorío anglo-sajón, al través de Europa, de Asia y de Africa...

Y así, para este señorío, la jornada del máximo futuro esplendor se decide sobre el que fué solar de los máximos pasados esplendores...

Palestina... Judea... Mesopotamia...

No hay un palmo de tierra que no guarde, en el surco trazado por la Historia, la fecunda semilla del recuerdo...

No hay un oasis cuya sombra no se pueble con los fantasmas de aquellos inmortales muertos que «nos mandan»...

No hay una piedra que en su relieve no diga, cincelado, el poema de la evocación...

Y entre las ruinas, y en el silencio de los de-



Es Efeso, la divina: santuario de Diana Artemisa, profanado por la demencia de Eróstrato

siertos, y bajo el oro y el azul del cielo, el paisaje es nave augusta de un inmenso templo que induce á piedad, en la enseñanza de cómo pasan las cosas, los hombres y los tiempos...

ooo

Es Babilonia, sepulcro de las razas y las civilizaciones...

Es Palmira, «reina de Oriente»: la que yergue sobre el osario de sus mármoles una diadema que aún le tejen, orgullosas, las columnas del templo del Sol...

Es Bagdad, la amada de los Califas: la sultana enjoyada con las gemas de Ciesiphon, la venerable y la muerta...

Es Pérgamo, la sabia, que aún muestra los sillares entre los cuales albergó aquella Biblioteca de los doscientos mil pergaminos, que un

tiempo obscureció el docto resplandor de Alejandría...

Es Mileto, la solitaria, ensoñada en lo remoto de su grandeza...

Es Efeso, la divina: santuario de Diana Artemisa, profanado por la demencia de Eróstrato...

Es, en fin, Jerusalén, la enigmática, la sombría...

..... Palestina, Judea, Mesopotamia...

No hay un palmo de tierra que no guarde, en el surco trazado por la Historia, la fecunda semilla del recuerdo...

ooo

Y cuando sean pasados los siglos del mañana, como lo fueron los siglos del ayer; cuando

el drama que vivimos, y en cuyo fuego ardemos, no sea, en los confines de la edad, sino estelar y frío reflejo, entonces las legiones asiáticas, al invadir á Europa en las jornadas de la enésima guerra de los hombres, meditarán sobre las ruinas de París, de Berlín y de Londres, como ahora, en los altos de sus marchas victoriosas, han de meditar junto á las ruinas de Babilonia, de Pérgamo y de Palmira, esas huestes de la paradoja: cipayos de Varanasi, de Palibethra y de Kapurtala, marchando á la sombra de la bandera británica sobre los campos de Asia Menor, bajo la nave augusta de un inmenso templo que induce á piedad, en la enseñanza de cómo pasan las cosas, los hombres y los tiempos...

ANTONIO G. DE LINARES

Paris, 1917.



# FLORES DEL CAMPO

## FRIVOLINA VIAJA

**F**RVOLINA se dispone á partir. Abandona la corte, pero la corte no la abandona á ella. Cambia de escenario nada más. Hay algo en Frivolina tan personal, tan íntimo, que no es fácil hallarlo en parte alguna. Es un no sé qué alado y sutil, distinguido y gracioso, inconfundible. —Sed discretas—os dice Frivolina—. Lo rebuscado y ampuloso es de gentes vulgares. La *toilette* femenina nunca debe ser escandalosa, porque el éxito no está en perfumarse mucho, sino en perfumarse bien. Las creaciones «FLORES DEL CAMPO» son mis mejores camaristas. Ellas por sí so-

las se encargan de mantener siempre frescas mis mejillas, siempre animados mis ojos. A mis criados dejo la tarea de encerrar mis vestidos, sin preocuparme demasiado de esto; pero á nadie cedo mi estuche confidante. El va á todas partes conmigo, al alcance de mi mano; sin él, mi seguridad y mi aplomo se debilitarian, y esto merece la pena de tomarse en consideración. El contiene los secretos de belleza de la PERFUMERIA FLORALIA: un frasco de OXENTHOL, ese dentífrico, á base de oxígeno, que ha dado en tierra con los añejos productos menos eficaces ó más costosos; un pomo de SUDORAL, verda-

dero secretario íntimo de toda mujer amante de la higiene y de su persona. En el folleto que me regalaron hallé científicamente explicadas todas las ventajas de este desodorante poderoso, que ninguna dama debe olvidar en la vida. El tren va á partir. Frivolina suspende sus meditaciones, y en breve, negligentemente abandonada en los muñidos cojines del vagón, mirará el paisaje que se esfuma envuelto en los deliciosos aromas de «FLORES DEL CAMPO».